

Una nueva estela de guerrero del Bronce Final en Ibahernando (Cáceres)

A new Late Bronze Age warrior stela from Ibahernando (Caceres)

ANTONIO GONZÁLEZ CORDERO
Doctor en Prehistoria y Arqueología
Ronda Sur, 57-3
10300 Navalmoral de la Mata (Cáceres)
anmais.gc@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-2546-6248>

ALFREDO MEDEROS MARTÍN
Departamento de Prehistoria y
Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras.
Universidad Autónoma de Madrid.
Campus de Cantoblanco. 28049 Madrid
alfredo.mederos@uam.es
<https://orcid.org/0000-0002-0036-7940>

IGNACIO TRIGUERO PERUCHA
Investigador Predoctoral
Área de Prehistoria. Universidad de Alcalá.
Colegios, 2
28801 Alcalá de Henares (Madrid)
ignaciotriguero@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-4685-0134>

Resumen

La nueva estela descubierta en el término de Ibahernando (Cáceres), no es un ejemplar más que añadir a la larga lista de este tipo de monumentos del Bronce Final. Su originalidad, deriva tanto del lugar del hallazgo como de su plasmación iconográfica. En el primero de los casos, porque la pieza en cuestión, probablemente una estatua menhir transformada en estela de guerrero, procede del entorno de un sepulcro megalítico del que solo se han conservado algunas piezas, entre las cuales destaca el extremo de un menhir decorado. En segundo lugar, porque pese a la relativa simpleza de la representación de sus componentes gráficos, concentra su expresividad en una figura antropomorfa privada de gran parte de su corporeidad y tocada en la cabeza con un motivo en forma de V, tal vez el adorno con plumas largas de un casco hemiesférico, cuya tipología es casi desconocida. Es además la segunda estela de mayor longitud conocida con 2,49 m y se encuentra relativamente bien contextualizada, un caso bastante excepcional, aunque el pequeño montículo donde se encontraba fue desmantelado recientemente. Todo ello, en un contexto de caminos antiguos, cuya demostración, reabre el debate sobre la función que desempeñaron estas singulares representaciones.

Palabras clave: estela de guerrero, Bronce Final, menhir, grabados rupestres, Ibahernando

Abstract

The new warrior stela discovered in the area around Ibahernando (Caceres) is not just one more example to add to the long list of this kind of monuments from the Bronze Age. Its originality derives both from the place of the discovery and from its iconographic representation. In the first case, because this piece, probably a statue-menhir transformed into a warrior stela, comes from a megalithic tomb from which only a few pieces have been preserved; among which, a decorated menhir also stands out. Secondly, because, despite the relative simplicity of the representation of its graphic components, it concentrates its expressiveness in an anthropomorphic figure that lacks much of its corporeity and shows on its head two long strips arranged in a V shape, which might be the adornment with long feathers of a hemispherical helmet whose typology is almost unknown. In addition to all this, being 2.49 metres long, this is the second longest stela known so far; and it is fairly well set in its context, rather an exceptional case, although the small mound where it was found has been recently dismantled. All this, in a context of ancient paths, whose demonstration reopens the debate about the role that these unique representations played.

Key words: warrior stela, Late Bronze Age, menhir, rock engravings, Ibahernando

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / HOW TO CITE THIS ARTICLE

González Cordero, A., Mederos Martín, A. y Triguero Perucha, I. (2022): "Una nueva estela de guerrero del Bronce Final en Ibahernando (Cáceres)". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 48(1): 63-104. <<https://doi.org/10.15366/cupauam2022.48.1.003>>.

1. Introducción

Probablemente, haya pocos temas dentro de la arqueología ibérica que dispongan de una cantidad tan elevada de estudios como las estelas de guerrero y que haya suscitado tantas y encontradas discrepancias. Extremadura, afortunada en este tipo de hallazgos, ha contribuido largamente a su puesta en valor, siendo fundamental para la comprensión de su iconografía, orígenes y cronología, tanto en número como en la variedad de lo aportado, aunque las líneas de investigación que se han seguido aún siguen arrojando no pocos interrogantes.

En este sentido, los diferentes ritmos de la investigación arqueológica en las regiones donde aparecen, han introducido un factor de ruido importante, sobre todo a la hora de consensuar opiniones acerca de las cuestiones que afectan a la parte más fundamental de la investigación, ya sea la de su funcionalidad o significado, de ahí que sea necesario insistir en el intento de maximizar el nivel de estudios y recuperar la mayor cantidad de ejemplares, pues solo de este modo conseguiremos crear patrones generales más certeros y pautas de análisis más congruentes. Desde esta perspectiva, cualquier nuevo hallazgo es siempre bien recibido. El caso que vamos a exponer, situado en lo que un día fue intitulado como uno de los núcleos más importantes del fenómeno, quizá no aliente nuevas expectativas para su comprensión desde el punto de vista gráfico, pero contextualmente, proporciona información muy significativa a la hora de contemplar uno de los aspectos colaterales del fenómeno, como pudo ser la apropiación de un antiguo espacio sepulcral, con lo que puede conllevar este acto en clave ideológica.

2. La estela de Ibahernando II

El lugar donde aún se localiza esta nueva estela¹ a la cual hemos denominado Ibahernando II, al ser

¹ Coordenadas del lugar del hallazgo: ETR89-39°19'13,89" N y 5°57'17,21" W. Tanto la estela I como la II de Ibahernando, se encontraron a escasos metros de la línea que divide el término con el de Santa Ana, la primera muy cerca de la ermita de Santa María de la Jara y la segunda en el Bohonal.

la segunda identificada en este término, se puede definir geográficamente como una llanura abierta, cuyo único obstáculo lo constituyen hacia el sur los cordales de la Sierra de Montánchez y su segmento más cercano representado por la Sierra de los Alijares, distante entre 5 y 6 km. Son tierras empleadas desde antiguo para el cultivo de cereal, abandonado paulatinamente en favor del pastizal para la cría de ganado. Pese a ser un apéndice de la penillanura trujillano-cacereña, el dominio del granito cercano les otorga mayor profundidad y capacidad de retención de la humedad, razón por la cual, en época romana, se convirtió en un atractivo campo para la colonización, donde la centuriación de la tierra alcanzó a dibujar una extensa malla de ocupaciones (Cerrillo y Fernández Corrales, 1980: 167) (figura 1).

Es una orografía monótona, donde destacan manchones graníticos de pequeño tamaño y morfología cupuliforme muy erosionados. La red hídrica es insignificante, con ramas nacientes de ríos, de los cuales, el más importante es el Gibranzos, en cuyo cauce desemboca el arroyo de Santa María que discurre a pocos metros de donde se produjo el descubrimiento de la estela. Ambos son de fuerte estiaje, y en verano apenas presentan unas charcas utilizadas como abrevaderos para el ganado.

La pieza fue encontrada tendida sobre una roca, apartada a propósito junto a otras piedras, con la intención de despejar el terreno y así facilitar las labores agrícolas. El material utilizado como soporte es el granito, tan consistente y áspero como el que apreciamos en los escasos resaltes del terreno, seleccionado probablemente entre las rocas sueltas disponibles, si es que no procede, como tendremos ocasión de comentar, de una estructura funeraria amortizada, donde pudo desempeñar otra función. Su larga exposición al aire le ha ocasionado un deterioro considerable, velándola casi por completo, aunque comparado con otras estelas de la zona, expuestas bajo las mismas condiciones, sugiere que en el desvanecimiento del dibujo pudieron colaborar otras causas ajenas a la naturaleza. Debido al ostensible deterioro de la cara donde fue ejecutado el grabado, y el carácter somero de los pocos trazos visibles, la estela fue sometida a un proceso de reconstrucción



Figura 1. Ubicación de Ibahernando en la península ibérica

Figure 1. Location of Ibahernando in the Iberian Peninsula

fotogramétrica con el fin de obtener una topografía detallada² (figuras 2-3).

Mide 2,49 m de longitud, 61 cm en su parte más ancha y entre 34 y 28,5 cm de grosor. Su composición, por tanto, no es regular dada la asimetría que presenta la piedra, cuya parte superior tiene un promedio de 50 cm, mientras la inferior se acaba estrechando hasta convertirse en un remate puntiagudo, alargado y tosco, muy adecuado si la piedra, como sospechamos, se afirmó originalmente en posición vertical. El extremo superior también acaba en un

pico triangular, con los lados prácticamente iguales. Salvo en la base, los dos lados han sido regularizados, limando las asperezas de los cantos y laterales hasta conseguir un acabado suave y redondeado, apreciándose algún impacto y rasguños, producto del trasiego mecánico y el paso del tiempo, el más grave, una grieta abierta entre las dos líneas del tocado de la figura y un astillado en el lado derecho, este último empeorado por una brecha invasiva, que amenaza con lascarse una parte del lateral.

La altura alcanzada, coloca a esta estela 18 cm por encima de la estela de Fuente de Cantos y 23 cm de la de São Martinho, que pasaban por ser las de mayor longitud de cuantas hay censadas en la Península y solo es superada por la estela de Fundão con 2,67 m de altura, 18 cm mayor. El resto de las estelas suelen tener unas medidas mucho más discretas, siempre por debajo de estos parámetros, aunque las piezas vecinas de Santa Ana, Zarza de Montánchez o la epónima de Ibahernando I con 1,85 m, 1,75 m y 1,61 m respectivamente, se cuentan entre los ejemplares con un mayor desarrollo en altura, con respecto a la media general.

² Este paso se realizó a través del software Agisoft Metashape®, del que se obtuvo una malla densa de puntos mediante la técnica *Structure from Motion* (SfM). El objeto tridimensional resultante ha sido sometido a procesos de falso color para resaltar aquellas intervenciones sobre la roca que, por su perpendicularidad al soporte, tienen más posibilidades de ser de origen antrópico. Para este último paso se ha utilizado el software libre Meshlab. Este procedimiento, relativamente asentado durante la última década, nos ha proporcionado resultados positivos. Trabajo de reconstrucción tridimensional digital realizado por Ignacio Triguero (Gómez-Pantoja *et alii*, 2019).



Figura 2. A. Estela de Ibahernando en su ubicación actual, vista desde el oeste. B. Vista desde el sur
Figure 2. A. Stela of Ibahernando in its present location view from the west. B. View from the south

La técnica utilizada para representar los motivos figurativos fue la de percusión, tal vez con un cincel, y el leve pulimento de un instrumento abrasivo. En el ordenamiento de los objetos se advierte una jerarquía, a nuestro juicio, causa también del posicionamiento vertical de la pieza, siendo esto un ítem valorable de su evolución, en un momento en el que estas piezas sufrieron un alargamiento y estrechamiento del soporte (Celestino, 2001: 138).

Cuatro son los elementos reconocibles que presenta la estela. En primer lugar, el torso de una figura humana interpretada mediante trazos esquemáticos. Así, la cabeza se representa mediante un pequeño círculo, de la cual, parte la fina línea vertical del cuello, para inmediatamente, al bifurcarse en ángulo recto a derecha e izquierda, dibujar los hombros, y con dos líneas verticales en los extremos, los brazos tendidos y en paralelo. Estos últimos sirven para dar una imagen de cierta corporeidad geometrizarante, sin añadir ningún otro detalle anatómico, si acaso, en el ángulo más bajo de luces rasantes, se llega a apreciar una línea horizontal incompleta, marcando la cintura. La figura tiene un aspecto solemne, es de gran tamaño, y ocupa una posición preferente dentro del campo figurativo, tal vez en reposo, como así fue

considerada esta hierática actitud desde la aparición de las primeras estelas (Pingel, 1974: 8).

Dos líneas verticales y convergentes a la cabeza, en nuestra opinión, tratan de dibujar la imagen de una figura cubierta por un casco con unos apéndices, pero a diferencia de las clásicas representaciones con cuernos, siempre bien significados con su correspondiente curvatura liriforme o en forma de U, esta porta dos líneas abiertas alargadas y rectas, formando una V, las cuales bien pudieron ser ornamentos verosímelmente confeccionados con metal u otros elementos orgánicos, evidentemente muy vistosos, pues de todos los trazos conservados son los de mayor definición y profundidad.

A considerar también la forma cuadrangular o en ángulo recto con que se diseñan los hombros del antropomorfo, cuyo ejemplo más aproximado, prescindiendo de la representación del tórax, piernas y manos, la encontramos en numerosas estelas. Podemos citar las de Torrejón el Rubio III, Orellana (De Blas Cortina, 2010), Almadén de la Plata II (Polvorinos *et alii*, 2006), o la de Esparragosa de Lares III (Pavón Soldevila y Duque, 2010: 116), lomas de diferentes localidades e incluso áreas, con las cuales coincide también en la presencia de una lanza

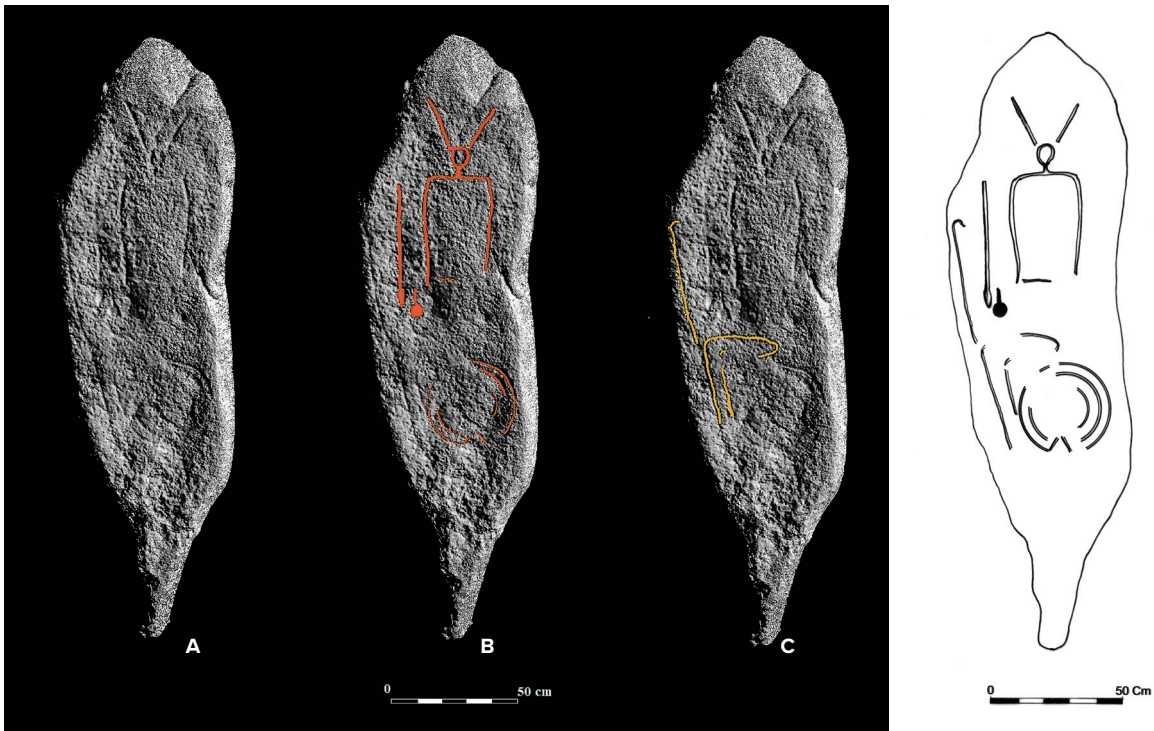


Figura 3. Figura antropomorfa con lanza, espejo y escudo con decoración en V a sus pies en la estela de Bohonal-Ibahernando II. A. Imagen tratada mediante un proceso de reconstrucción fotogramétrica con un dibujo de las figuras resultantes. B. Imagen con el elemento resaltado de la estela del Bronce Final. C. Imagen con la representación de una alabarda y un posible báculo o cayado. D. Dibujo obtenido

Figure 3. Anthropomorphic figure with spear, mirror and shield with V-shaped decoration at his feet on the Bohonal-Ibahernando II stela. A. Image treated by a photogrammetric reconstruction process with a drawing of the resulting figures. B. Image with the element highlighted from the original stela. C. Image with the representation of a halberd and a possible crozier or crook. D. Drawing obtained

con la punta hacia abajo, en paralelo al brazo derecho y a una distancia similar. A diferencia de otras representaciones, el diseño del arma es demasiado sintético como para distinguir el tipo de punta, o si el otro extremo del cabo se protegía con un regatón, además de acusar una desproporción en detrimento de esta, comparado con el largo brazo del antropomorfo. La disminución del tamaño de la lanza es bastante notable, si se contrasta con las espadas en aquellas estelas donde se incluyen, dando a entender que se trataba de un arma ofensiva diseñada para operar con más efectividad en un envite a corta o media distancia.

Un poco más abajo, entre la lanza y el brazo, con gran precisión ha sido representado un espejo circular a una escala muy reducida y casi imperceptible, pero con el mango alargado y recto, típico de las estelas del grupo del Tajo-Montánchez. La posición que ocupa este objeto, prácticamente al alcance de la extremidad derecha del antropomorfo, explicita,

pese a su pequeño tamaño, y tratarse del único elemento ajeno a la panoplia del guerrero, la importancia que a nivel simbólico desempeña en la evolución de las estelas. Llama la atención el vaciado del disco, rara vez resuelto mediante el trazo inciso, quizá estorbado por el tamaño al que ha de ser representado, o con la intención de facilitar el relleno por algún tipo de pigmento destinado a resaltar su dibujo y del resto de las figuras.

El último elemento representado es el escudo, destinado a ocupar casi un tercio de la parte inferior dentro la superficie disponible. Consta de tres círculos concéntricos, con un perfil irregular, distancias desiguales y sin remaches, con un diámetro de 34,5 cm, cuyo trazado se sigue con mucha dificultad a través de algunos segmentos, sobre todo el más interior, apenas sugerido por un trazo, impidiendo el acusado desgaste distinguir con claridad las dos escotaduras abiertas en la parte inferior del mismo, mientras la abrazadera central, cuya hipotética delineación debía



Figura 4. Fotos de detalle de la estela de Ibahernando II. A. Figura antropomorfa. B. Escudo. C. Lanza. D. Espejo

Figure 4. Detail photos of the Stela of Ibahernando II. A. Anthropomorphic figure. B. Shield. C. Lance. D. Mirror

de encontrarse en línea con la escotadura, es totalmente imperceptible. El escudo, pese a aparecer en el último lugar de la narrativa de la estela, en función de su tamaño, asume el papel importante de la pánoplia figurativa como símbolo de la riqueza y rango del guerrero, normalmente con la clásica imagen de su reverso, en este caso más difícil de distinguir, ante la invisibilidad de su asidero (figura 4).

3. Tipo de estela

A medida que el número de estelas fue creciendo, se vio la necesidad de crear una tipología para ponerla al servicio de su posible evolución, y con ella,

la compartimentación en territorios determinados por las distintas maneras de componerlas, el número de objetos que se introducen, la colocación de las imágenes, etc. Es un asunto que aún no se ha dado por zanjado y, mientras unos autores asumen su contemporaneidad, los que de ellas hacen una lectura diacrónica se enfrentan al problema de reubicarlas a medida que se producen nuevos descubrimientos. La falta de uniformidad de las estelas, dentro de su aparente estandarización, es la causa de que no se llegue a un consenso definitivo ni satisfactorio para todos. En un trabajo reciente (Mederos, 2012: 418) hemos tratado de hacer una revisión todas esas propuestas, desde la más antigua de Sayans (1959) hasta el momento de aquella publicación.

La comarca de la Sierra de Montánchez sería un ejemplo de zona de contacto donde se combinan todos estos formatos. Dentro de una secuencia de fases y sus correspondientes subdivisiones con equivalencia cronológica, entre todas las disponibles, hemos optado por una versión desarrollada recientemente por S. Celestino y A. Salgado (2011: 424), desglosando la última secuencia de fases propuesta por Harrison (2004: 86-104), la cual contempla desde una perspectiva jerárquica una relación entre lo representado, pudiendo de esta forma delimitar de una forma más rigurosa las diferentes tipologías gestadas en las distintas áreas geográficas donde se concentran tipos de estelas, contribuyendo con este ordenamiento, a comprender su ciclo de desarrollo.

Según la clasificación de Celestino y Salgado, la estela de Ibahernando II se puede integrar dentro del tipo IIIA, es decir estelas con igualdad entre el escudo y un antropomorfo representado de forma individual, que se corresponde a la subfase 3B de Harrison (2004: 95-96 fig. 6.9-6.10). El nuevo ejemplar añade más variedad a las ya conocidas de este grupo de la Sierra de Montánchez, hasta ahora concretadas en torno a los tipos IA Básicas: escudo, espada y lanza —ejemplo: Ibahernando I—, IB Básicas: con elementos de adorno personal —ejemplo: Santa Ana—; y II, estelas con escudo predominante y antropomorfo —ejemplo: Zarza de Montánchez—.

No obstante, creemos que se corresponde con un subgrupo que no se había definido dentro de las estelas que presentan esta relación de igualdad entre el escudo y el antropomorfo. Este subgrupo se caracteriza por presentar el antropomorfo en la parte central o superior, espada al cinto, lanza apuntada hacia abajo, espejo a la altura de la pierna y escudo con remache en V. Es un tipo de estela donde ya comienza a aparecer el carro, normalmente por encima de la cabeza, como sucede en Talavera de la Reina (Toledo), aunque si no hay espacio suficiente por arriba se sitúa en un lateral a la altura del antropomorfo, caso de Cabeza de Buey II (Badajoz), donde el carro se representa en un lado de la estela, puesto que no hay espacio libre en el panel frontal principal.

Ejemplos claros serían las estelas de Talavera de la Reina (Toledo), Magacela (Badajoz) o Cabeza de Buey II (Badajoz). Las dos primeras aprovechan

menhires o estatuas-menhir previas como soporte, más claro en Talavera de la Reina, pues incluso su silueta tiene un intencionado recorte antropomorfo (figura 5a-c).

La nueva estela de Ibahernando II se realizó también sobre un soporte que era un antiguo menhir, presenta el antropomorfo en la parte central, lanza apuntando hacia abajo en un lateral, espejo a la altura de la mano y el inicio de la pierna y escudo con escotadura en V en la parte inferior. La mala conservación de la parte inferior de la estela, que apenas permite distinguir la figura humana desde la cintura, impide confirmar si contaba con una espada al cinto.

Una variante de este subgrupo lo representa una estela como la de El Viso II, donde la figura antropomorfa se desplaza hacia un lateral, siendo el escudo central muy grande, mientras el antropomorfo tiene un tamaño más secundario. En estos casos existe la duda de si no son un subgrupo que reaprovechan estelas donde inicialmente se representó un motivo tripartito con escudo central y espada debajo, y posteriormente se añadió el antropomorfo y otros motivos adicionales como el carro.

De todo el conjunto, el elemento iconográfico que nos parece más interesante por lo novedoso, es el casco con adornos en V. Hasta hace poco tiempo solo se consideraba la existencia de cascos cónicos y de cuernos, aunque los primeros podían presentar o no cimera y los segundos hasta tres variantes, en U, liriforme, o en V (Celestino, 2001: 151). Con respecto a los últimos, no se hace justicia al que pretendemos describir aquí, pues aquellos paralelos a los que se han referido, siempre conservaron una ligera curvatura y a veces hasta una doblez en las puntas tipo Alamillo o el Viso I que, en nuestra opinión, no son en absoluto coincidentes con el trazo del casco de Ibahernando II, cuya delineación, perfectamente rectilínea, invita a considerarlo dentro de una nueva tipología. No se trataría de un *unicum*, pues hay otro ejemplo reseñable en la estela de Monte Blanco (Olivenza), pareja de este excepcional subconjunto, donde repiten estos dos trazos en V rectos al lado de la testa (Celestino, 2001: C65) (figura 5d).

Este dato, ignorado hasta la fecha, a falta de una imagen de contraste, se presta ahora a dar una mayor relevancia a la estela en cuestión, pues implicaría hablar

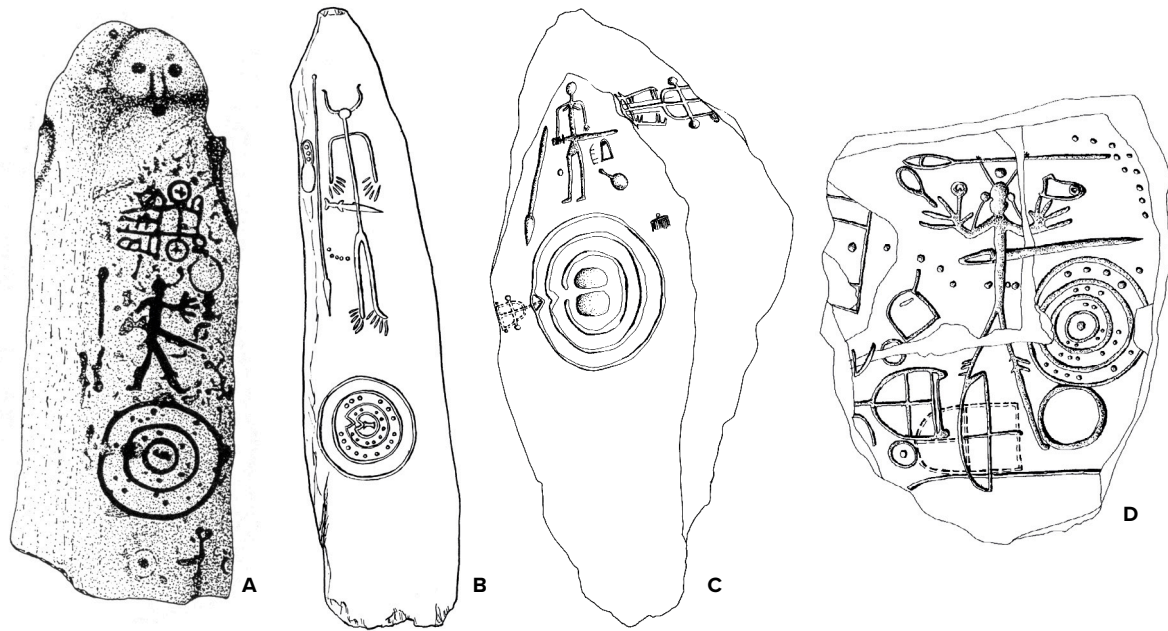


Figura 5. Subgrupo de estelas que presentan el antropomorfo en la parte central o superior, espada al cinto, lanza apuntada hacia abajo, espejo a la altura de la pierna y escudo con remache en V. A. Talavera de la Reina (Toledo) (Celestino, 2001: 355, nº 27). B. Magacela (Badajoz) (Almagro Basch, 1966: 79, fig. 24). C. Cabeza de Buey II (Badajoz) (Celestino, 2001: 364, nº 33). D. Monte Blanco, Olivenza (Badajoz) (Celestino, 2001: 409, nº 65)

Figure 5. Subgroup of stelae that present the anthropomorph in the central or upper part, sword at the belt, lance pointed downwards, mirror at the height of the leg and shield with rivets and V-shape. A. Talavera de la Reina (Toledo) (Celestino, 2001: 355, no. 27). B. Magacela (Badajoz) (Almagro Basch, 1966: 79, fig. 24). C. Cabeza de Buey II (Badajoz) (Celestino, 2001: 364, no. 33). D. Monte Blanco, Olivenza (Badajoz) (Celestino, 2001: 409, no. 65)

de, al menos, tres cascos distintos representados en las estelas, un tipo cónico con cimera (Mederos, 2019: 299, fig. 10), un segundo grupo donde se englobaría a los cascos con cuernos (Harrison, 2004: 142, fig. 7.13) y el nuevo tipo con adornos rectilíneos en V.

Este nuevo tipo de casco tiene dos trazos tan rectos en su parte superior en forma de V que no puede corresponder a un casco con cuernos. Este casco metálico o de cuero tendría dos aberturas en la parte superior desde donde partirían un par de conjuntos de plumas grandes³. Sería, consecuentemente, un casco metálico o de cuero redondeado hemiesférico sin cresta, que podría estar documentado quizás

ya desde la estela de Zebros (Zebreira, Beira Baixa), en la segunda fase de las estelas del Suroeste, en el cual no hay un doble trazo para indicar una cimera (Henriques, Lobato y Caninas, 2012: 31-36, 32 fig. 5 y 7; Mederos, 2019: 284-285, 298 fig. 4.5a-b, 297 fig. 8) (figura 6).

El mejor ejemplo para defender un casco hemiesférico con plumas creemos que es la estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz). Esta estela, al igual que sucede con Ibahernando II, presenta las dos líneas superiores que parten del casco con un trazado muy recto, que hacen pensar también en dos conjuntos de plumas grandes. En este caso incluso hay otras dos líneas que parten hacia abajo, que podrían hacer pensar también en otro doble juego de plumas que colgarían por la espalda, lo que se representa un motivo en X junto a la cabeza. El detallismo en algunos motivos, como la fíbula o el escudo, hacen dudar que la representación del casco no sea realista. En general, en los últimos años los investigadores han considerado que presenta un casco de cuernos abiertos en forma de V, a partir del

³ No se puede establecer una analogía, dado el excesivo margen temporal de separación pero, en el plano formal, el diseño de tiras en V nos recuerda a los apliques metálicos que más tarde se verán luciendo los cascos celtibéricos de Aratis y en una pintura rupestre del Barranco de los Frailes de Mosqueruela (Teruel), interpretado como un guerrero celtibérico con espada y escudo, tocado con un casco de apéndice alares también puesto en conexión con lo anterior (Royo Lasarte y Royo, 2018: 133).

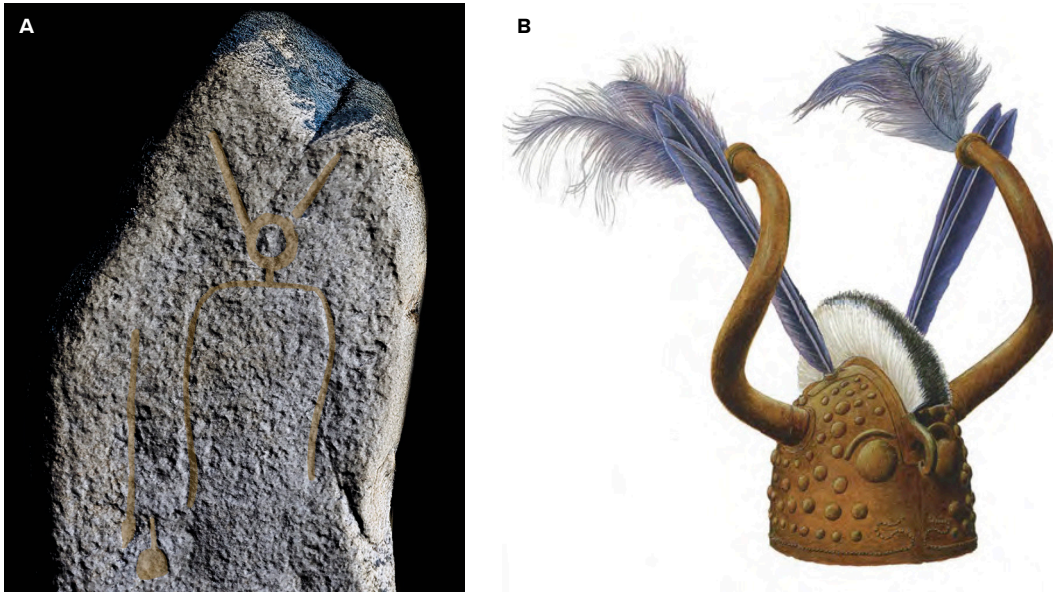


Figura 6. A. Presencia en Ibahernando II de un casco metálico o de cuero que tendría dos aberturas en la parte superior desde donde partirían un par de conjuntos de plumas grandes, similar al que se ha reconstruido a partir de las aberturas en el casco metálico de Visko (B) (Kaul, 2010)

Figure 6. A. Presence in Ibahernando II of a metal or leather helmet that would have two openings in the upper part from which a couple of sets of large feathers would depart, similar to the one that has been reconstructed from the openings in the Visko metal helmet (B) (Kaul, 2010)

nuevo dibujo de Celestino (2001: 409-410 fig. C65; Díaz-Guardamino, 2010: C348); otros dudan si se trata de un peinado o un casco con cuernos, aunque asumen que es un caso único (Harrison, 2004: 277-278 fig. C65); y el grupo principal sigue el calco inicial de Bueno y Piñón, que no representaba las cuatro líneas en forma de X y consideran que carecía de casco sobre la cabeza (Bueno y Piñón, 1985: fig. 1; Blázquez, 1986: 191, 195, fig. 1; Galán, 1993: 100, 101, fig. 23/33; Pingel, 1993: 216, fig. 3/5), o partir de un croquis a mano (Barceló, 1989b: 196), aunque realmente Bueno y Piñón (1985: 39, fig. 1) creen que hay un casco redondeado, que consideran de tipo Huelva, como uno de los motivos aislados en la estela, representación que Galán, Celestino, Harrison o Díaz-Guardamino prefieren no interpretar.

Este tipo de casco hemiesférico con plumas es posible que también esté presente en la estela de Valdetorres I, si nos atenemos a los dibujos aportados por Celestino (2001: 389, fig. C51) o Harrison (2004: 259, fig. C51). Sin embargo, en el calco realizado posteriormente, el único posible cuerno del casco tiene mayor curvatura y sí sería asignable a un casco con cuernos (Domínguez de la Concha y González Bornay, 2005: 32-33; Díaz-Guardamino, 2010: C348).

La espada se ve con claridad en la foto, e iría asociada al escudo principal, que debió corresponder a una posible estela tripartita, pero más anómalas resultan las dos puntas de lanza que se ponen en la parte inferior, sobre todo la más pequeña. Es complicado saber si hubo inicialmente una lanza en la parte superior, pues la estela está rota en esa zona. Ello explica que después se superpusieran los antropomorfos, incluso sobre el escudo central, lo que es un hecho excepcional.

Este tipo de casco hemiesférico, si es de bronce y no de cuero, es la variante más antigua y simple de los cascos metálicos en Europa Occidental, en particular el ámbito de los campos de urnas, el tipo Montbellet (Mödlinger, 2017: 90-99, 90, fig. 2.15, 344, lám. 10), precediendo a los primeros cascos con cresta como el tipo Mantes, y hasta el momento solo habían sido documentados en el norte de Francia y de Italia. Como sería de esperar, ya que se trata de un modelo sencillo, su cronología se extiende en el tiempo, desde el Bronce D hasta Hallstatt B (figuras 7-8).

Los cascos con cuernos claramente definidos comenzarían a figurar especialmente en el valle del Zújar, Guadalquivir y el oeste toledano (Celestino y Salgado, 2011: 437). Curiosamente, en este sector

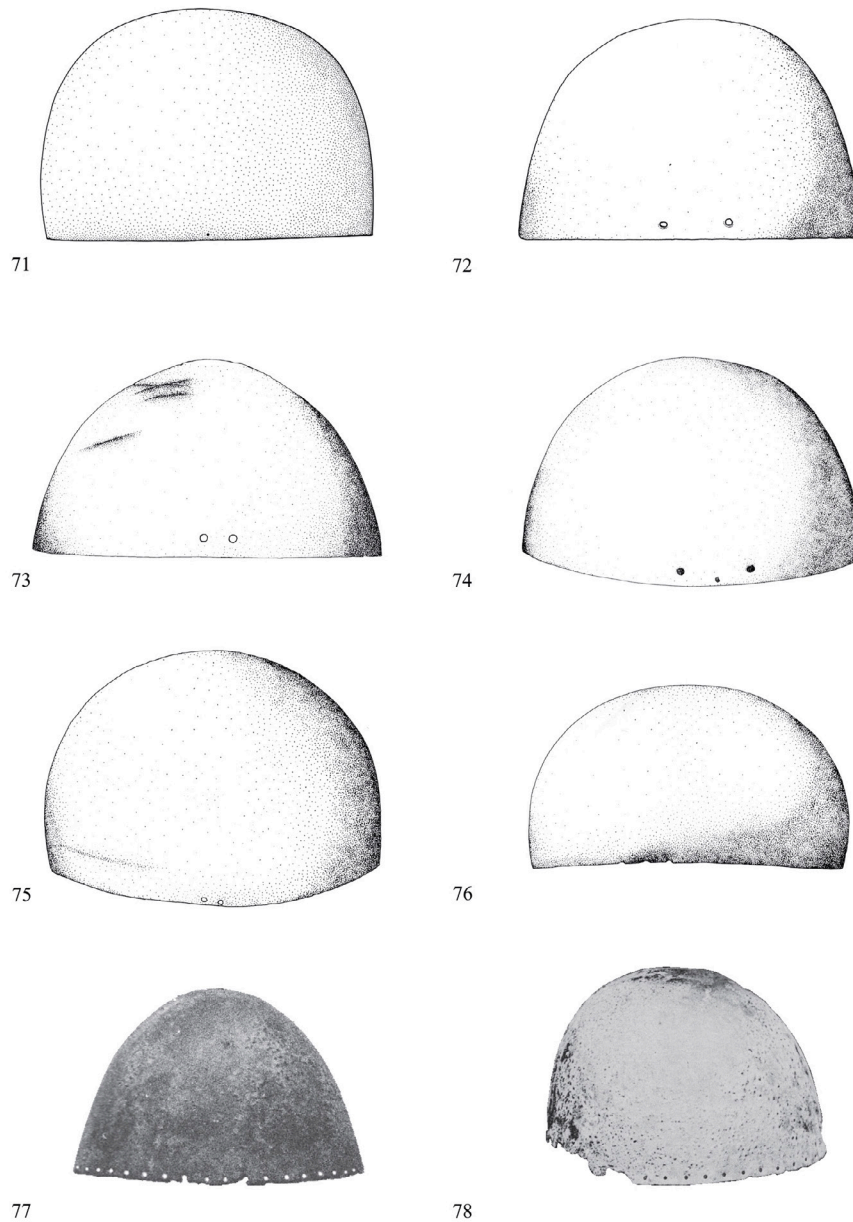


Figura 7. Cascos hemiesféricos de bronce de tipo Montbellet: 71. Montbellet. 72. Thonberg. 73. Wonsheim. 74. Szikszó. 75. Brancere. 76. Iseo. 77-78. Sin procedencia (Mödlinger, 2017: 344, lám. 10)

Figure 7. Hemispherical bronze helmets of the Montbellet type: 71. Montbellet. 72. Thonberg. 73. Wonsheim. 74. Szikszó. 75. Brancere. 76. Iseo. 77-78. No provenance (Mödlinger, 2017: 344, pl. 10)

de la Sierra de Montánchez, hasta el momento se hallaban ausentes, aunque no faltaban otro tipo de armaduras defensivas, ejemplificadas en los cascos cónicos de las estelas de Santa Ana, guarnecida con cresta convexa, punta aguda, dos clavijas por cada lado, similares al representado en la de Zarza de Montánchez (Naharro, 1976: fig. 1) y Cabañas del Castillo (Rodríguez González y González Bor-nay, 2018: 1463).

La riqueza y profusión de detalles de la estela de Monte Blanco, a tenor de las clasificaciones más aceptadas, la colocaría en un momento más evolucionado y cronológicamente avanzado. De ser así, en paralelo, la de Ibahernando II cabría integrarla como un elemento continuador, a medio camino entre los ejemplares de cimera y los de cuernos, aunque otros elementos de su iconografía, como vamos a tener ocasión de explicar, retraerían la fecha de su aparición.

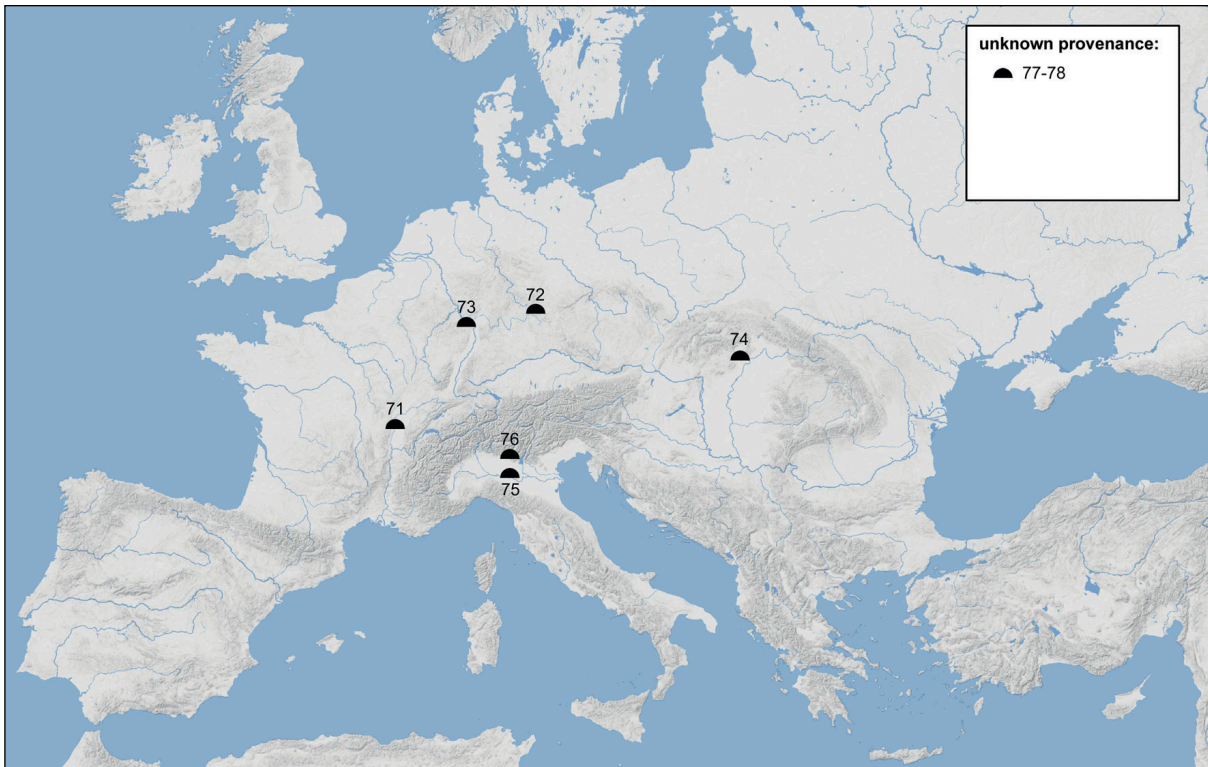


Figura 8. Distribución de los cascos hemiesféricos de bronce de tipo Montbellet en Europa Occidental (Mödlinger, 2017: 97, fig. 2.17)

Figure 8. Distribution of Montbellet-type hemispherical bronze helmets in Western Europe (Mödlinger, 2017: 97, fig. 2.17)

Otro elemento de interés tipológico es el escudo, pero por sí solo sus rasgos no permiten incluirlo con seguridad en un tipo concreto, a causa de las tenues y discontinuas incisiones de su grabado. No obstante, mientras la presencia de escotadura externa en V se muestra como un claro signo de antigüedad (Mederos, 2012: 427), la ausencia de remaches podría sugerir momentos más avanzados de esa fase inicial, retrotrayendo objetivamente su fecha de realización a un momento ligeramente más moderno que la de las austeras estelas básicas, sintonizando así con lo anteriormente propuesto para el casco.

4. Cronología de la estela

En el establecimiento de una cronología para las estelas se han aprovechado habitualmente los referentes iconográficos, sustituyendo el estudio de los objetos a la falta de información arqueológica de los lugares donde aparecen, porque la mayoría de las veces, y con pocas excepciones, los materiales a los cuales se pueden asociar, por lo general están ausentes

en el momento del hallazgo. Ante esa precariedad, el único modo de datar estos monumentos queda supeditado a los ítems reconocibles, instituidos en el único elemento de información eficaz, pues su existencia física, por lo común, se vincula a otros muchos materiales cuya determinación cronológica resulta factible cuando aparecen en yacimientos con niveles estratigráficos legibles. Fíbulas, espadas, escudos y cascos, son los que mejor nos pueden informar, pues aparte de su asiduidad en las estelas, tienen una representación material en contextos arqueológicos con una amplia distribución por el norte, centro de Europa y la cuenca mediterránea, y no tanto otros objetos como los espejos, carros u otros elementos, mucho más escasos en las muestras recuperadas.

Como hemos planteado, la estela de Ibahernando II corresponde a un subgrupo previamente no definido dentro de las estelas del Suroeste, dentro de la fase de las estelas con posición central, que se caracteriza por presentar el antropomorfo en la parte central o superior, espada al cinto, lanza apuntada hacia abajo, espejo a la altura de la pierna y a sus pies el escudo con remache en V. Además, ya comienza a

aparecer el carro, normalmente por encima de la cabeza, aunque no está presente en este caso.

En lo que atañe a nuestra estela, muy escueta en cuanto a los componentes, los escudos no solo son de los elementos figurativos más antiguos, sino que, al proliferar en más de tres cuartas partes de este tipo de soportes, permiten ilustrarnos sobre la evolución de los mismos en los distintos ámbitos geográficos. Desafortunadamente, el escudo de Ibahernando II carece de definición gráfica, pero el aspecto compositivo advierte, en función de su tipología, de la temprana introducción de este objeto. No obstante, la aparición de escudos de tipología semejante sobre estelas de tipos diferentes, a las que se les otorga una cronología distinta, ha llevado a algunos autores a negar la validez del escudo como elemento de significación cronológica (Murillo Redondo, 1994: 23) y así mismo a las espadas, por la dificultad a la hora de atinar con su tipología en base a una representación que peca de excesivo esquematismo. Es decir, a negar de plano la preeminencia cronológica de las estelas básicas sobre las demás, sobre todo, después de aparecer algunos ejemplares de las más simples en el valle del Guadalquivir (Murillo Redondo, 1994: 25; Murillo Redondo *et alii*, 2005: 42, n. 65).

El escudo de Ibahernando II tendría un desarrollo marcado por la presencia/ausencia de determinados ítems tipológicos, en este caso presencia de escotadura, carencia de remaches y asidero, y su desplazamiento de la zona central de la estela. La ausencia de remaches en el escudo es un rasgo antiguo, que solo aparece en un momento avanzado de la fase inicial de las estelas (Mederos, 2012: 427-429), pero la mala conservación del escudo en Ibahernando II sugiere valorar este dato con prudencia. En los ejemplos conocidos de este subgrupo de estelas, en dos casos, Magacela y Talavera de la Reina, tienen remaches, pero la estela Cabeza de Buey II carece con seguridad de ellos. No obstante, esta última es una estela donde probablemente primero se realizó el escudo central, que es mucho más grande, y posteriormente quizás se añadieron los otros motivos como el antropomorfo y el carro.

Un segundo aspecto a considerar es la figura antropomorfa que tiene una posición central en la estela de Ibahernando II, que ya nos sitúa en la quinta fase

de las estelas del Suroeste (Mederos, 2019: 292-294). En este caso, la figura ya ha pasado a ocupar la posición central, desplazando de esa posición al escudo, por lo cual este se sitúa a sus pies. Se trata de uno de los subgrupos más antiguos. Para poder precisarlo, el dato más relevante es la presencia aún de la escotadura en V en el escudo (Mederos, 2012: 429-430), aún externa según el calco digital, que también está presente en Talavera de la Reina y Cabeza de Buey II, mientras en Magacela la escotadura sigue estando dentro del escudo, pero no se representa al exterior.

El tercer dato orientativo desde un punto de vista cronológico es la presencia de un espejo en la estela. Este elemento iconográfico ya figura en la segunda fase de las estelas del Suroeste (Mederos, 2019: 297, fig. 8), apareciendo desde el Bronce Final IIA, 1275-1225 a. C. (Mederos, 1997: 77, tabla 2), o Bronce Final I, fase isla de Cheta o Rosnöen (Brandherm y Mederos, 2014: 84, fig. 5). Se trata un artefacto presente en contextos micénicos, aunque pudo llegar también con intermediación chipriota o sarda (Lo Schiavo, MacNamara y Vagnetti, 1985). Hay investigadores que consideran que los espejos incluso llegaron antes, desde *ca.* 1350 a. C. (Brandherm, 2013: lám. 11) o contemporáneos a la época micénica y chipriota, sin especificar una fecha concreta (Harrison, 2004: 156), aunque otros autores proponen fechas posteriores, desde *ca.* 1000 a. C. (Santos, Vilaça y Marques, 2011: 329) o anterior al 900-800 a. C., durante el Bronce Final, si bien «la generalización de este elemento viene dada por la presencia de los materiales traídos por los fenicios, coincidiendo con los últimos momentos de las estelas» (Celestino, 2001: 168).

En el subgrupo de estelas aquí analizadas, las cuatro que lo componen presentan espejos, aunque dos de ellas aportan datos interesantes, pues presentan mangos especiales con el espejo, uno seguramente metálico, con tres calados en el caso de Magacela y otro quizás de bronce, marfil o madera con dos engrosamientos en el mango para facilitar su agarre en Talavera de la Reina, aunque lo habitual es representar tres engrosamientos.

Los espejos están de momento ausentes en su versión broncea entre los contextos materiales de las excavaciones en la península ibérica, si bien mangos

calados como el de Cabezuela del Valle, interpretados a veces como extremos de *tranchets* o rasuradores, se han recuperado en varios yacimientos mostrando innegables paralelos con los ejemplares sardos (Lo Schiavo, 1989: 125, fig. 10/1-4, 8-9, 11), sículos (Lo Schiavo, MacNamara y Vagnetti, 1985: 28-30, fig. 11) y baleáricos (Delibes y Fernández-Miranda, 1988: 128-130), fechados entre el 1200 y el 1000 a. C. Respecto a los mangos con engrosamientos, existe en Azenha de Misericórdia (Beja, Bajo Alentejo) un molde para un mango metálico con dos engrosamientos (Soares, 1996: 105, fig. 8).

Puesto que la lanza, por la simplicidad en su representación, no nos aporta nada nuevo, el último elemento a valorar es la presencia de un casco metálico o de cuero hemisférico sin cresta, con dos aberturas en la parte superior desde donde partirían un par de conjuntos de plumas grandes, un casco de tradición atlántica, que sería una nueva variante identificada en la península ibérica. Los cascos metálicos con cresta aparecen desde la segunda fase de las estelas del Suroeste (Mederos, 2019: 297, fig. 8), a partir del Bronce Final IIA, 1275-1225 a. C., pero en este caso nos encontramos con una variante que previamente no había sido identificada, pues había sido previamente asociado en el caso de Olivenza con un casco de cuernos.

Entre las estelas de este subgrupo, la presencia de cascos muestra la simultaneidad ya en la quinta fase de los cascos de cuernos, caso de Magacela y Talavera de la Reina, con la nueva variante de un casco hemisférico sin cresta en Ibahernando II, además de otras estelas que carecen de casco, como sucede en Cabeza de Buey II.

Finalmente, cabe indicar que en este subgrupo están presentes en ocasiones los carros, como muestran las estelas de Talavera de la Reina y Cabeza de Buey II, pero también pueden no aparecer como sucede en Magacela o en Ibahernando II. Los carros, en cualquier caso, están constatados desde fechas previas, en la tercera fase de las estelas del Suroeste, donde el escudo mantiene su posición central y aparecen los primeros antropomorfos que se sitúan por debajo del escudo. Estas estelas creemos que aparecen desde el Bronce Final IIB, 1225-1150 a. C. (Mederos, 2019: 304), o Bronce Final IIA, fase de Huerta

de Arriba con espadas tipo Vilar Maior y el Bronce Final IIB con espadas tipo Catoira (Brandherm y Mederos, 2014: 84, fig. 5), mientras otros investigadores proponen fechas más tardías, 1100-940 a. C. (Ruiz-Gálvez, 1998: 208), o 900-800 a. C. (Rodríguez González y González Bornay, 2018: 1466).

Visto en conjunto estos datos, creemos que este nuevo subgrupo de la etapa inicial de fase quinta de las estelas del Suroeste puede situarse en el Bronce Final IIC, 1150-1050 a. C. (Mederos, 1997: 77, tabla 2), o Bronce Final IIC, fase Hío con espadas pistiliformes (Brandherm y Mederos, 2014: 84, fig. 5), etapa que también se ha fechado ligeramente más tarde, 1130-1050 a. C. (Brandherm, 2007: 12; Harrison, 2004: 14), por lo que el nuevo tipo de casco sería contemporáneo a los primeros cascos triangulares con cresta, los cuales continuaron usándose durante el Bronce Final IIIA (Mederos, 2019: 304-306).

5. Emplazamiento de la estela en un túmulo de piedras

En la elección del lugar para fijar allí una estela, seguramente tuvo mucho que ver la presencia de una antigua estructura megalítica, a juzgar por las descripciones de los propietarios del terreno. Estos aseguran que entre dos propiedades se levantaba un montículo de piedras, del cual sobresalía la parte superior de algunas, formando una especie de corona y, muy cerca, en mitad de un majano, se erguía, ligeramente inclinada hacia atrás, la estela en cuestión, justo por donde ahora pasa la alambrada que divide lo que se ha convertido en una pequeña elevación, por la mitad (figura 9a). Hace tres décadas esta estructura tumular aún permanecía intacta cuando decidieron arrasarla, pues tanto las piedras que sobresalían de la coraza, como las que se hallaban desperdigadas a su alrededor, suponían un estorbo para las labores agrícolas. Todo este material fue empleado en la construcción de una granja cercana y una charca, salvo los materiales más pesados y voluminosos, entre los cuales podemos destacar una losa grabada con dos cazoletas, arrinconada encima de un resalte natural del granito, el extremo distal de un menhir decorado depositado sobre otra roca, y la



Figura 9. A. Vista general del lugar del montículo donde originalmente se emplazaba la estela. B. Localización actual del menhir del Bohonal (Ibahernando, Cáceres). C. Detalle de la decoración del menhir del Bohonal (Ibahernando, Cáceres)

Figure 9. A. General view of the place on the mound where the stela was originally located. B. Current location of the Bohonal menhir (Ibahernando, Cáceres). C. Detail of the decoration of the Bohonal menhir (Ibahernando, Cáceres)

pedra que sirvió de soporte a la estela, cuyo destino fue similar. Esta última había permanecido en pie durante mucho tiempo, marcando uno de los puntos de separación entre los términos municipales de Ibahernando y Santa Ana para, posteriormente y de forma accidental, servir de rascadera al ganado estante, pues la erosión intensa del segundo tercio de la lastra no solo es el producto de una meteorización

natural y de un borrado intencionado por parte de quienes la reutilizaron, sino el de un fino pulimento causado por el roce continuado contra una superficie, por el dorso de los animales (figura 9b).

La ubicación del túmulo coincidía con la presencia de un camino muy antiguo, cuestión no tan inocente, pues podría responder a un intento deliberado de visibilización e incluso el mantenimiento de antiguos

lugares de memoria (Santos Estévez, 2009: 24). Evidentemente, este criterio no puede ser aplicado en toda su extensión, a la vista de otros testimonios totalmente discordantes, entre las casi 300 arquitecturas megalíticas conocidas en la provincia de Cáceres, pero igual que existen llamativas concentraciones en torno a los vados de Alconétar (Cerrillo Cuenca, 2011: 155) o Valdecañas (González Cordero, 2020: 184), otorgando cierto valor al control de determinados puntos de paso dentro de la cuenca del Tajo (Galán y Bravo, 1991: 202), existen otros muchos donde, por su estratégico emplazamiento, se instituyen en puntos de referencia en un paisaje de llanura como este.

Volviendo sobre la estela que presta una de sus caras a la panoplia del guerrero de Ibahernando, la sospecha de su procedencia de una necrópolis cercana se acrecienta, máxime cuando se analiza la forma de la pieza, que sin llegar a ser losángica, como la de estatua menhir de Salvatierra de Santiago (González Cordero y de Alvarado, 1983), se presta a cierta forma ahusada de corporeidad, recordando el pico triangular del extremo distal a la cabeza de reconocidas estelas antropomorfas, manifestando así una clara intencionalidad de representar tridimensionalmente la figura humana (figura 9c). Si a ello añadimos que, en la reconstrucción fotogramétrica, parece apreciarse a la izquierda del escudo un mango que acaba en una especie de hoja de alabarda con forma triangular muy similar a un objeto que portan las estatuas-menhir de Alconétar y Cañamero (Bueno *et alii*, 2011: 151-153) (figura 10), y la de una ralladura paralela al borde que acaba curvada en un extremo, aprovechando parte de un surco rectilíneo natural de la roca, cabría pensar que esta pieza sirvió de soporte anteriormente a una estatua menhir integrada en una estructura mucho más antigua y que, evidentemente, estos grabados formaron parte de la subcapa del palimpsesto, anterior a la inclusión de los componentes iconográficos propios de las estelas.

Varios proyectos sobre sitios megalíticos en la cuenca del río Tajo han ido aportando evidencias sobre la relación entre estelas grabadas y tumbas megalíticas cronológicamente avanzadas, donde las estelas visibles en túmulos y cámaras serían imágenes alrededor de las cuales se añadirían progresivamente áreas secundarias, constituyendo verdaderas referencias

ancestrales a lo largo de la Edad del Bronce (Bueno *et alii*, 2011: 143). En uno de estos trabajos, por ejemplo, la estela de Lagunita III en Santiago de Alcántara, fue colocada frente al cierre del monumento más antiguo, posteriormente destruido y ocultado por medio de otro monumento más pequeño, compuesto por piezas de estatuas y otros materiales que datan de la Edad del Bronce (Bueno *et alii*, 2008). En parecidas circunstancias se hallaron las mencionadas estelas de Alconétar y Cañamero, ambas encima de un montón de piedras en el entorno inmediato de una necrópolis la primera, y de un dolmen la segunda. Presumiblemente asociadas a una necrópolis de cistas se hallaron también las estelas de Hernán Pérez (Almagro Basch, 1972: 98, fig. 8), una de las cuales, el número VI, sujetaba con su cinturón una alabarda en bajorrelieve (Bueno, 1990: 97, fig. 11), también difícil de observar, por lo que no fue representada en el primer dibujo de Almagro Basch.

A tenor de estos datos, la monumentalización del sitio parece fuera de duda, pues entre las piezas dañificadas, aparte de la estela en cuestión, se contaba con ortostatos decorados y un menhir con grabados a base de surcos profundos, cuyo diseño recuerda a las representaciones de tatuajes faciales, en concreto, y por proximidad, la de los ídolos falanges decorados recuperados en el Cerro de la Horca (González Cordero, 2011: 430). Cabría entonces preguntarse si semejantes piezas, habitualmente reservadas a arquitecturas megalíticas, no tuvieron su trascendencia posterior, pues los símbolos generados en el contexto de las primeras sociedades productoras alimentaron seguramente la mitología de los grupos metalúrgicos hasta bien avanzada la Edad del Bronce (Bueno *et alii*, 2011: 39), propugnando una continuidad ideológica, donde el valor de referencia de la tradición megalítica, precisamente por su papel como testigos de piedra donde persiste el recuerdo de los ancestros (Bueno *et alii*, 2019: 146), redundaría en favor de la consideración de la estela como un hito reactualizado en el paisaje.

No sería el primer monumento sometido a una reiterada lectura, pues herencia y tradición, han venido a ser la justificación simbólica de la posición que ocupan determinados segmentos sociales o individuos, cuyos ascendientes genealógicos son favorecidos

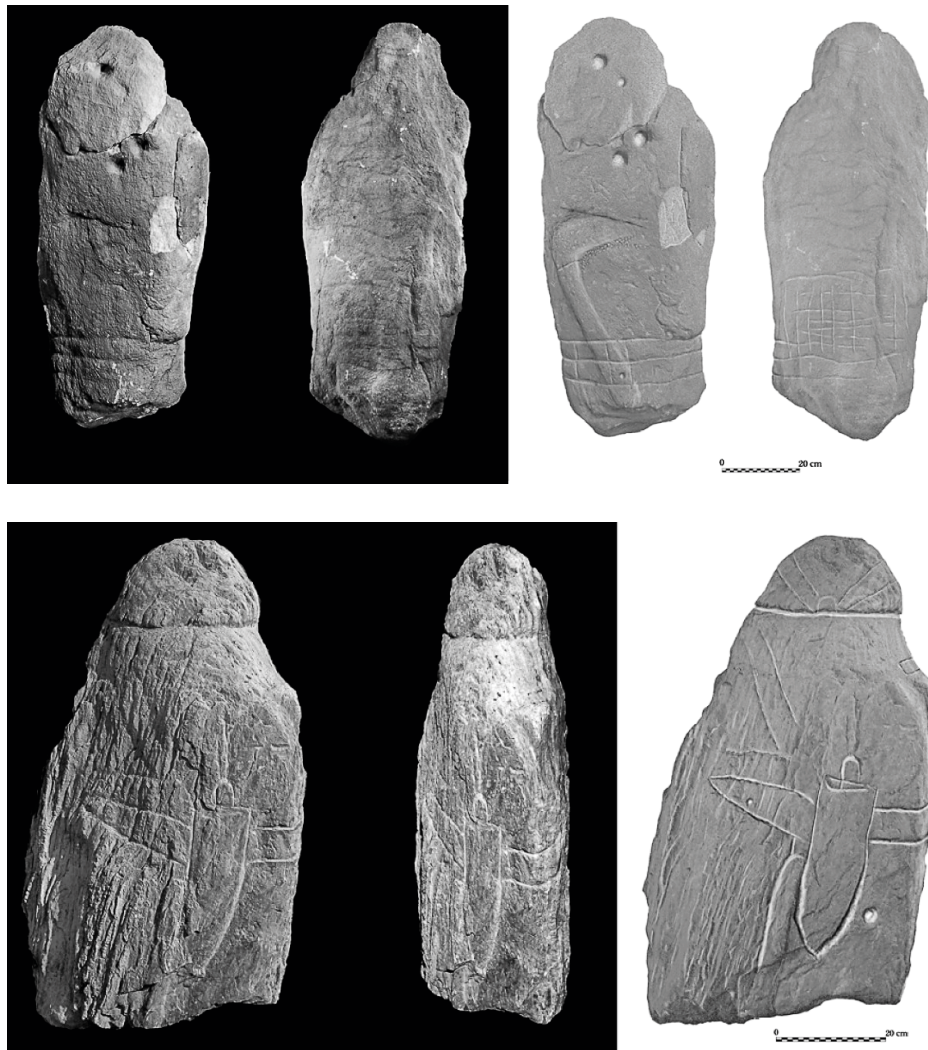


Figura 10. Estelas con representación de una herramienta de hoja con mango. Museo de Cáceres: Alconétar y Cañamero. (Foto R. de Balbín. En Bueno *et alii*, 2011: 151 y 153)

Figure 10. Stelae depicting a bladed tool with handle. Museo de Cáceres: Alconetar and Cañamero (Photo R. de Balbín. In Bueno *et al.*, 2011: 151 and 153)

o fortalecidos cuando reutilizan instrumentos ideológicos y lugares emblemáticos del pasado, trasunto puesto de relieve en una investigación sobre las figuraciones antropomorfas, precisamente las que mejor verifican la utilización de estos factores en beneficio de personajes que acaban representándose con sus armas y con los objetos de prestigio que definen su estatus social (Bueno y de Balbín, 2003: 432; 2004: 77; Bueno, de Balbín y Barroso, 2008: 59).

Usos posteriores e incluso terceras reutilizaciones tampoco son descartadas. Santos *et alii* (2017: 81) nos remiten a una bibliografía abundante, en la que estatuas-menhir y estelas son recicladas como hitos territoriales. El caso nos recuerda bastante al de Castrelo

do Val en Orense, un modelo sincrético, entre estatuas-menhir con cierto perfil antropomorfo, propio de la zona donde fue localizada, a la cual se le implanta un grabado con la típica iconografía de las estelas de guerrero del Suroeste, alentando de nuevo la posibilidad de haber formado parte de un menhir u ortostato megalítico (Santos Estévez, 2017: 80 y 83).

En la misma dirección apunta el uso reiterado que se hizo de las estelas de São Martinho 2, esculpida sobre un menhir, la de Bayuela y Talavera de la Reina, que amortizan otras estatuas-menhir, tal vez la de Magacela, Cancho Roano y varias más detalladas por Díaz-Guardamino (2010: 92), reproduciendo el formato iconográfico que habitualmente incluye

la figura humana. En una interrelación mucho más clara entre piezas de diferentes cronologías y la apropiación de un lugar de enterramiento para emplazar una estela se encuentra el caso de Tojais, donde el monumento megalítico junto al cual se ubica, ha resistido a la destrucción porque sirve de divisoria entre dos propiedades, reconocido como «marco», en el sentido que tienen las demarcaciones en el noroeste ibérico. Es además un punto limitáneo, tanto en cuanto se ubica junto a una vía natural de paso transformada en un camino romano (Barcelar Alves y Reis, 2011: 201).

La idea de estelas hincadas en un espacio de tipo tumular ha sido señalada recientemente para las estelas de Almadén de la Plata (Sevilla), donde se apunta una hipotética conexión entre las estelas de guerrero y un espacio sacralizado desde antiguo, por ejemplo, un posible monumento megalítico⁴, por la presencia de dos fragmentos de cerámica a mano y dos lascas líticas, curiosamente a 150 metros del denominado «Cordel del Pedroso» (García Sanjuán *et alii*, 2006: 147-148), una de las principales vías pecuarias de la zona desde la Baja Edad Media. En este lugar, la prospección intensiva identificó cerca de 700 cantos de cuarto blanco y cuarcitas muy próximas al túmulo o majano de piedras (García Sanjuán *et alii*, 2006: 145, 147, fig. 8, 149).

No con las mismas premisas, pero sí la de proximidad a un camino que comunica el valle del Jerte con el valle del Ambroz, P. Sanabria (2011: 377), anota en su trabajo sobre la estela de Valdehonduras (Cabezuela del Valle), la colaboración de soportes pétreos de gran tamaño en la erección de una estructura de soporte para la estela.

Una acumulación de piedras se localizó junto a la estela de Écija IV (Sevilla), en la Solana de la Moranilla (Tejera *et alii*, 1995: 252, 255, lám. 2; Tejera y Fernández Rodríguez, 2012: 134, fig. 51a-b). Estos

autores defienden que las estelas del Suroeste se encontrarían sobre majanos de piedra «en forma de torretas tronco-piramidales» (Tejera y Fernández Rodríguez, 2012: 135). Sobre otro montón de rocas o «construcción» estaba la estela de Torrejón El Rubio III (Cáceres) (Celestino, 2001: 332, C8) que se derribó en 1954, o en el caso de la estela de La Pedrona (Blanco Fraga y García Bueno, 2009: 68), que se hallaba al lado de uno de ellos. En algunos de estos ejemplos los autores tratan de enfatizar que no se trata de majanos más o menos modernos, con piedras apartadas para favorecer las labores de cultivo, aunque no se ha presentado una documentación precisa como apoyo.

Más interesante es cuando el descubrimiento de una estela se produce cuando son desmontados algunos de estos majanos, por si la acumulación de piedras se hubiese realizado sobre algún túmulo antiguo, hecho que dio lugar, por ejemplo, a la localización de la estela de Solana de Cabañas (Cáceres), como así aparece consignado en la publicación que hizo de ello Roso de Luna (1898: 180), pero también carecemos de datos suficientes.

Otro hallazgo interesante, con el añadido de que también se adscribe al mismo subgrupo que la estela de Ibahernando II, es el contexto de Cabeza de Buey II. La estela «apareció hincada y totalmente enterrada» dentro de «una pequeña elevación del terreno que hoy se presume artificial», lo que también se aprecia en Ibahernando II. Ese pequeño túmulo fue objeto de una excavación de urgencia en 1992 con resultados negativos (Celestino, 2001: 364-365).

Esta serie de coincidencias rompe, a nuestro juicio, con lo que podría considerarse una cuestión puramente de azar, pues todo parece indicar que ciertos datos, como la localización en el paisaje, la posibilidad de reutilización de piezas de gran significado simbólico, y la propia tradición sacra ligada a la existencia de sepulcros megalíticos o cistas, pesaron en la elección del lugar donde va a ser erigida la estela, siendo inevitable no reparar en el carácter monumental, y a veces historiado, de las piedras que acompañan la construcción de dichas arquitecturas que, al fin y al cabo, pudieron constituir el referente inmediato de sus antepasados, para quienes ocuparon un territorio durante la Edad del Bronce.

4 La reutilización de dólmenes durante el Bronce Final es también un hecho reiterativo. García Sanjuán nos lo recuerda en otro trabajo durante la excavación de un dolmen de galería y *tholos* de Palacio III, distante apenas 2,5 km del hallazgo de dos estelas decoradas, donde se documenta una cremación bajo encachado de piedra del siglo IX a. C. (García Sanjuán, 2005; García Sanjuán *et alii*, 2006: 147-148).

Otra cuestión interesante, ha sido promocionada recientemente respecto a las hibridaciones, que tienen lugar en un ámbito de relaciones mucho más allá del encuentro de estatuas-menhir y las estelas del Suroeste en el espacio noroccidental, sino la integración en una misma estela de ambos conceptos, como si trabajaran en la materialización de una imagen final mestiza (Rodríguez Corral, 2015: 165) que, aparte de explicar procesos de conectividad entre ambos ámbitos, sugiere una aclimatación nada excepcional, quizá porque ideológicamente los dos fenómenos se encuentran mucho más cercanos de lo que sospechamos, y no pocas veces su hallazgo ha permitido situarlas dentro de paisajes de movilidad.

Una prospección intensiva del entorno inmediato aportó principalmente yacimientos de época romana, pero sirvió también para identificar varios conjuntos de arte rupestre (González Cordero, 2022) y uno asignable al Calcolítico Pleno, a dos kilómetros en dirección oeste, sobre los cerros graníticos que emergen al borde de la llanura —Coordenadas ETR89: 39°18'41,20" N y 5°56'1,16" W—. El poblado se caracteriza por la presencia de platos de bordes engrosados y un grabado a base de cazoletas, el cual pudo tener relación con la tumba megalítica.

6. Caminos antiguos en el entorno de la estela

La estela de Ibahernando no es el único hallazgo de estas características que se ha producido en el término, pues hacia 1950 ya se había descubierto otro ejemplar en la finca donde se ubica la ermita de la Virgen de la Jara, lugar conocido por ser el epicentro de un gran asentamiento romano que ha proporcionado numerosas inscripciones, siendo precisamente la primera estela de la localidad un ejemplar reaprovechado para un epígrafe funerario (Ramón Fernández-Oxea, 1955: 269; *HAE* 1397; *CPILC* 309; Ochoa y Zorzalejos, 1994)⁵. Del análisis

iconográfico de ambas estelas se deduce la existencia de una diacronía en su realización, quizá relacionada con la importancia que mantuvo este corredor en un dilatado espacio temporal.

Se da la curiosa coincidencia de que la distancia entre ambos hallazgos apenas llega a un kilómetro, aunque la de Ibahernando I indudablemente fue movida de su lugar original, primero por los colonos romanos, que la reutilizaron como epitafio sepulcral, y después por los labradores para que no estorbara al arar la tierra, acabando empleada finalmente como mamposería en una casa de la localidad. En ambos casos, no debían de encontrarse a excesiva distancia de su emplazamiento original, dado que el material granítico es abundante en la zona y no hay necesidad de transportarlo hasta allí. Teniendo en cuenta esos imponderables, las estelas I y II de Ibahernando no se ubicaron muy lejos del camino de Trujillo al denominado Puerto Viejo que, trasponiendo la Sierra de Montánchez, ponía pie casi de inmediato en las llanuras del Guadiana. El sitio es doblemente estratégico, pues la ermita de la Virgen de la Jara se halla en un cruce, donde aparte del camino a la localidad titular de las estelas, se dan cita los viales procedentes de Santa Ana y Robledillo de Trujillo, localidades donde también se han localizado otros ejemplares, redundando en la idea de que tales hitos, de alguna manera, tuvieron relación con caminos antiguos. La ubicación de esta última acrecienta el valor de esta hipótesis, pues la finca de El Oreganal, donde se la localizó (Ramón Fernández-Oxea, 1950: 295), se encuentra también en la ruta hacia el puerto antes mencionado.

En dirección contraria, el camino sigue en dirección noreste hacia el río Magasca, donde se bifurca en varios ramales. El que bordea el río, busca esquivar por la izquierda el batolito de Trujillo, atravesando la finca de El Carneril, lugar conocido por el hallazgo de otro ejemplar de estela (Beltrán y Alcrudo, 1973: 81), encaminándose posteriormente hacia Aldea del Obispo, donde se incorpora al cordel conocido como del Puente de la Barquilla, cuyo recorrido hacia el norte atraviesa Torrejón el Rubio.

Otro camino importante de la zona es el del puerto de Valdemorales, una vía que alcanzará gran protagonismo en la etapa orientalizante y la conquista

⁵ Coordenadas del lugar del hallazgo: ETR89-39°18'44,12" N y 5°57'26,08" W, que están referidas al majano de piedras donde se recogió.



Figura 11. Paisaje hacia el sur desde el punto donde se encuentra la estela de Ibahernando II

Figure 11. Landscape to the South from the point where the stele of Ibahernando II is located

romana del territorio, pues es su dirección noroeste, la que busca a la altura de Alconétar, el punto más vadeable del río Tajo en el tramo cacereño. Hasta esos momentos, el protagonismo durante la Edad del Bronce parece asumirlo otro camino, el que nada más cruzar la sierra se escora hacia la derecha encarrilándose primero a Zarza de Montánchez, donde se une al que atraviesa la sierra, conocido como puerto del Burro o de la Media Legua, para después dirigirse a Salvatierra de Santiago, donde se transforma en el cordel de Trujillo⁶. Resulta llamativo igualmente, que incluyendo Almoharín (Ongil, 1983), punto de inicio del puerto de Valdemorales, las dos localidades mencionadas, sean también conocidas por otras estelas (Almagro-Gorbea y Sánchez, 1976; González Cordero y de Alvarado, 1989-1990) y que, en el punto de convergencia con el primer ramal, sea precisamente El Carneril (figura 11).

⁶ La Sierra de Montánchez constituye la separación física entre las vegas del Guadiana y la penillanura trujillano-cacereña. Con dos puertos en sus extremos, el de las Herrerías, por donde discurrirá la futura Vía de la Plata y el Puerto de Santa Cruz, de gran protagonismo durante la II Edad del Hierro. Entre medias se escalona alguno más con mayor o menor grado de dificultad, los más importantes, el de Valdemorales, y el Puerto Viejo, los únicos que cuentan a su vera con poblados de la Edad del Bronce en el tramo que atraviesa la sierra. En otros puntos de la misma encontramos pequeños asentamientos, tal vez atalayas, cuya finalidad era la de prestar apoyo visual a las poblaciones de mayor entidad jerárquica.

Quiere esto decir que, prescindiendo de la modernidad de las localidades, fundadas al calor de esas antiguas vías de comunicación, el territorio que se extendía al norte de la Sierra de Montánchez estuvo sembrado de estelas, mientras hacia el sur de la sierra, y hasta las cercanías del Guadiana, se abre un espacio aparentemente de transición o de solapamiento de territorios, aún carente de este tipo de información, si acaso las estelas de Villamesías y Almoharín, cuyo descubrimiento acontece precisamente a pie de puerto, la primera en la finca Caballerías Grandes, embocando del puerto Viejo (Moreno *et alii*, 2017) y la segunda, como ya se ha comentado, en el punto de inicio del puerto de Valdemorales.

Todas estas vías no son de nueva apertura, existen desde tiempos mucho más antiguos, como pusimos de manifiesto en nuestra tesis doctoral (González Cordero, 2011), cuando analizábamos la procedencia del sílex o el cobre, inexistentes de forma natural en la mitad meridional cacereña, pero que llegaba hasta los poblados calcolíticos en cantidad y diversidad, bien como materia prima, o como producto acabado. Es decir, en épocas sucesivas estas líneas de tránsito tradicionales van a seguir abasteciendo a la población local y a través de ellos van a llegar los objetos grabados en las estelas, ya sea por interacción centroeuropea, atlántica o mediterránea, pues todas ellas surtieron a estos territorios en un comercio cruzado, quizá enlazando primero los Pirineos con la Meseta, y posteriormente, a través del valle

del Guadalquivir con su mejor reflejo en materiales del Bronce Final y posteriormente en el Periodo Orientalizante⁷.

7. Finalidad

La vinculación a un entorno geográfico y, en concreto, a un fenómeno relacionado con lugares de paso o zonas de influencia y control por parte de las comunidades del Bronce asentadas en un territorio, ya fue explorado anteriormente. En uno de los casos, se planteaba el fenómeno como demarcadores de rutas ganaderas o comerciales «en el marco de un patrón de asentamiento inestable, aún no sedentario e itinerante» (Galán, 1993: 38 y 53-60), en otro, como una de las posibilidades interpretativas opuestas a las hipótesis de quiénes solo ven en ellas el vestigio gráfico identitario de un ritual funerario, al constatare su localización «cerca de accidentes geográficos de gran valor para el control de zonas de paso, cuales son los caminos naturales que siguen el curso de ríos y arroyos, los vados o los puertos que favorecen el paso de las sierras interiores», es decir, emplazamientos privilegiados dentro del paisaje, pero no como mojones a la vera de un camino, sino como marcadores de recursos en relación con esas rutas (Ruiz-Gálvez y Galán, 1991: 264).

Esta hipótesis ha sido puesta en entredicho por Celestino (2001: 68-69), aunque matizando la cuestión, encuentra cierto sentido en la propuesta de Ruiz-Gálvez y Galán, a la vía que comunica Medellín con Trujillo, donde se pueden aglutinar la mayor parte de los hallazgos de las zonas II y III, siempre que se combine esta vía terrestre con el cauce del Guadiana. Para los demás lugares, insiste en que las estelas se concentran en las zonas geográficas expuestas y no

como hitos en un camino, sino alejadas de eje principal de las vías de comunicación propuestas, ocupando todo un territorio e incluso alejadas de los centros de hábitat, lo que hace pensar a este investigador en un carácter exclusivo relacionado con una misión claramente funeraria (Celestino, 2002: 76-77).

En ambos casos, al generalizar, se corre el peligro de perder de vista algo que el progreso de esta investigación nos viene mostrando, donde el uso de estas imágenes parece que fue mucho más diverso del que en principio se suponía y, tanto para una u otra propuesta, se pueden encontrar argumentos igualmente válidos. Muy sugestiva, por ejemplo, es una reflexión de R. Martínez, donde pone de manifiesto la relación existente entre las escasas manifestaciones funerarias conocidas en el periodo de desarrollo de las estelas, con la ausencia de contexto arqueológico preciso al que vincular los ejemplares hallados, que, en su opinión, podrían ser consecuencias de un mismo fenómeno (Martínez Sánchez, 2018: 111). Esta coincidencia podría responder, según el mencionado investigador, a las características de un ritual poco conocido, donde quizá entrara en juego la exposición del cadáver, su cremación o la deposición en lagunas y ríos (Moreno Arrastio, 1998: 75). Cualquiera de estas, u otras causas, pudieron ser responsables del «relativamente rápido desvanecimiento de estos espacios como marcadores funerarios y conducir bien al desplazamiento y acarreo de la estela, bien a su discreto olvido en el mismo lugar o próximo a su emplazamiento original». Es decir, la estela, y en este sentido también se pronunciaron Ruiz-Gálvez y Galán (1991: 271), sin renunciar del todo al sentido funerario de las mismas, podría tratarse también de un tipo de memorial, monumento conmemorativo o de heroización del difunto, quizá incluso la parte visible de un cenotafio evocador de alguien que ya murió y cuyo cuerpo podría encontrarse en otro lugar. Es decir, tanto la falta del muerto como de ajuar, no supondría un problema para quienes defienden el carácter mortuorio-conmemorativo de las estelas, pues siempre queda el recurso de su consideración como una ofrenda simbólica.

Dejando a un lado los datos de segunda mano recopilados por Roso acerca de restos de vasijas en el lugar donde permaneció la estela de Solana de

7 Citamos como ejemplo de objetos procedentes del comercio orientalizante recuperados en el área que estudiamos, los de La Era en Montánchez, Los Navazos de Torremocha (Pavón Soldevila, 1998: 80 y 289-290), La Lagartera en Cáceres (Jiménez Ávila, 2005: 1107), El Torrejón de Abajo (Jiménez Ávila, 1998), El Risco de Sierra de Fuentes (Jiménez Ávila y González Cordero, 1996; Enríquez *et alii*, 2001), La Ayuela (Pavón *et alii*, 2015: 193-202); los Canchos de Plasenzuela (Almagro-Gorbea y Gomá, 2018), el Guijorro, etc.

Cabañas, la tierra cenicienta que supuestamente hallaron bajo la estela de la Granja de Céspedes, Ribera Alta o Cerro Muriano II; las especiales circunstancias de la estela de Setefilla, presuntamente reutilizada en un sepulcro de época posterior, tan solo dos casos manifiestan una relación entre ajuares y estelas (Díaz-Guardamino, 2012: 408), ante la reiterada ausencia de contextos primarios para la mayoría de estelas, la de Buoux 1, datada entre el 1050-950 a. C. y las del Cortijo de Reina (Córdoba), bajo las cuales se descubrieron tres vasos característicos del Bronce Final del valle del Guadalquivir, tipificados como posibles urnas funerarias bicónicas que fueron fechadas en 1050-725 a. C. (Murillo *et alii*, 2005: 27), pero que las nuevas dataciones de Setefilla (Brandherm y Krueger, 2017: 306-307, tabla 2) sitúan a partir del siglo XII a. C., tumba A05, 1377 (1208-1130) 1005 a. C. y tumba A47 1218 (1186-1127) 1005 a. C., perdurando hasta el siglo X a. C., caso de la tumba B18, 1117 (1002) 916 a. C.

La aparición en lugares como el de Ibahernando parece dar la razón a quienes consideran que las estelas decoradas buscan frecuentemente la vinculación a un pasado inmediato, un mecanismo redundante que ya se daba en los propios megalitos con la inclusión de imágenes de ancestros empleadas en una construcción anterior (Bueno *et alii*, 2012: 142), contribuyendo de esta manera, y quizá a través de la apropiación de un monumento del pasado, a la legitimación social e ideológica de sus autores, y a la construcción genealógica de linajes o ascendientes familiares (Bueno y de Balbín, 2006), si es que en la nueva forma de heroización no se esconde una forma de culto a los antepasados, cuya sacralidad es requerida por el hecho de encontrarnos ante un ámbito edificado donde esa posibilidad ya estuvo presente. Aún más, ante estas situaciones donde se manifiesta el carácter ancestral de determinados lugares, algunos autores se inclinan a considerar las estelas como referentes de carácter colectivo (Díaz-Guardamino, 2011: 75), paradójicamente un papel que, sin tener en cuenta lo representado, desempeñará tras los deslindes de términos a finales de la baja Edad Media.

Ciertos componentes, tenidos en cuenta en una investigación acerca de las representaciones de guerreros, han alimentado incluso la idea de que estos

podieron adquirir una simbología más relacionada con ritos de fundación (García Sanjuán *et alii*, 2006) o de ritualidad religiosa, al estilo de algunas divinidades de origen mediterráneo (Tejera *et alii*, 2006: 155). Los cascos con cuernos o en nuestro caso con adornos de plumas en V, son precisamente el aditamento que ha hecho pensar, más que en un símbolo de poder guerrero, en la alusión a una representación divina o héroes divinizados, ahora influenciado por las corrientes procedentes del Mediterráneo oriental (Gomes, 1990: 68-71; Tejera *et alii*, 2006: 152-155; Tejera y Fernández Rodríguez, 2012: 52-56), más concretamente el dios Baal (Celestino y López Ruiz, 2006: 99) o asociados con los antepasados míticos o *rp'um*, guerreros de Baal (Ruiz-Gálvez, 2019: 469, 474).

En suma, desde las tendencias más rigoristas se ha ido basculando hacia posturas más eclécticas, donde se intenta conciliar su naturaleza polivalente (Harrison, 2004: 180), sin reducir la interpretación exclusivamente a un único mensaje, pues tanto la significación funeraria, como religiosa, pueden ser conjugadas dentro del discurso de legitimación de unas élites guerreras como recursos dialécticos, alusivos a la posesión del territorio (Enríquez Navascués, 2006). En este sentido, estas marcas adquirirían un sentido jurisdiccional, y su significante real no solo dependería de las grafías inscritas, sino del lugar elegido, en nuestro caso, facilitado por la existencia de un antiguo monumento, una cuestión subrayada en alguna ocasión, cuando por iteración, se ha comprobado la asociación de algunas estelas a túmulos de escasa altura o entidad (García Sanjuán *et alii*, 2006).

En un nivel de concreción mayor, y retornando al tema de la elección de un antiguo sepulcro, este pudo invitar sencillamente a la ubicación de la estela, dada la monotonía de una llanura donde las únicas señales acompañantes fueron las docenas de conjuntos de cazoletas grabadas sobre rocas a lo largo de este pasillo terrestre, uno de ellos a menos de veinte metros de la estela en cuestión. Un análisis de este tipo de grabados, con cerca de un millar de conjuntos inventariados en la provincia de Cáceres, fue concluyente a la hora de contemplar las agrupaciones registradas en este sector como elementos recurrentes de una estrategia de visibilización, es decir, indicadores de zonas de acceso, tránsito y

comunicación, uniendo diferentes ámbitos geográficos, que no dejan de ser territorios de interés económico pero, en esta ocasión, subordinados a zonas de paso⁸. Una concentración tan significativa como la que aquí se registra, en un margen estrecho de coordenadas, coincide con el radio de dispersión de las mismas en torno a estas zonas frecuentadas durante la Prehistoria Reciente, donde son empleadas como una forma de apropiación efectiva y simbólica del territorio, por lo que se trataría de un corredor fosilizado y redivivo durante el Bronce Final. Estas observaciones, a otro nivel, fueron puestas de manifiesto en un estudio sobre grabados de esta categoría en el norte de Inglaterra, donde de nuevo los petroglifos aumentan en cantidad cuando se aproximan a las zonas monumentalizadas, o donde convergen diferentes rutas (Bradley, 1995: 70).

Por otra parte, la relación de cazoletas con las estelas no es tampoco un hecho aislado, unas veces por apropiación de soportes con este tipo de grabados, y otras intencionadamente señaladas sobre los mismos. Hay varios ejemplos, uno de ellos con ocho cazoletas en la cara posterior de una de las estelas de la Sierra de Tiros en Badajoz (Pavón *et alii*, 2018: 34), la estela del Cortijo de la Vega en Córdoba (Morena López y Muñoz, 1991), valorada como una modificación preexistente del soporte dotado de simbología previa, la estela de Pedro Abad II, tamponada por catorce oquedades de distinto tamaño y profundidad, (Martínez Sánchez, 2018: 104), Pedra Alta (Estévez *et alii*, 2017: 80), las dos piezas de Cervos, la de Monte Blanco-Olivenza (Bueno y Piñón, 1985: fig. 1), La Atalaya de Orellana (Domínguez de la Concha *et*

alii, 2005: *addenda*) o la Yuntilla de Cabeza del Buey (Domínguez de la Concha *et alii*, 2005: 18-19) y la de Garciaz (Moreno *et alii*, 2018). La propensión de estos singulares petroglifos a ocupar espacios rituales, donde es frecuente el vertido y la perfusión de sustancias líquidas, apela una vez más a contemplar las estelas como objetos ligados al ámbito de lo sagrado⁹.

El territorio analizado es mucho más extenso, y se extiende tanto al norte como al sur del sector comprendido entre cuatro puntos con las siguientes coordenadas ETR89: 39°22'18,05" N/5°58'14,54" W-39°22'14,58" N-5°55'20,42" W y 39°18'51,22" N-5°58'21,10" W-39°18'50,82" N-5°55'22,20" W (figura 12). La elección de este tramo la hemos hecho en función de su cercanía a la ubicación de la estela y el menhir, pues los hallazgos de arte rupestre tienen continuidad en las dos direcciones del corredor.

En resumen, sin renunciar al valor polisémico de estas imágenes, la zona de aparición de las estelas de Ibahernando no parece que respondieran a una colocación aleatoria, sino que hubo un interés en prestarse a ser además una referencia visual señalada dentro de un paisaje surcado por una ruta de comunicación muy antigua. Esta es una cuestión sobre la que los hallazgos de la última década en la provincia de Cáceres han vuelto a reincidir por su explícita cercanía a caminos, puertos, cruces o vados. Por ejemplo, la de Valdehúncar (González Cordero, 2015: 157) (figura 13), se halló muy cerca del vado de Talavera

⁸ Desde nuestra perspectiva metodológica, al ajustarse la distribución de grabados de cazoletas a patrones muy definidos, asumimos que, sin comprender el significado original de los mismos, podemos intuir su relación o la función que desempeñaron en ese espacio como agentes simbólicos de la territorialidad. Explicar todos y cada uno de los patrones de regularidad, ha sido objeto de otra investigación (González Cordero, 2022: 255-263), donde el registro de significativas concentraciones ha sido detectado en torno a áreas habitacionales, generalmente poblados de la Edad del Cobre y la Edad del Bronce, ámbitos funerarios, hitos limitáneos o espacios ceremoniales de agregación social, territorios de interés económico y lugares de tránsito. Las gentes que utilizan estos motivos comparten un lenguaje codificado de enorme antigüedad, capaz de ser aplicado en todos esos contextos.

⁹ Las cazoletas a las que nos hemos referido son, evidentemente, distintas de aquellas que parecen desempeñar una función ornamental cuando rodean la cabeza del antropomorfo y, sobre todo, de las que en la serie más habitual de cinco y de una forma ordenada, encontramos en una docena de estelas. Para estas últimas, el patrón numérico se ha interpretado como la posible representación de un sistema ponderal (Celestino, 2001: 182), fundamentando esta afirmación en la existencia de sistemas de pesos compuestos siempre por cinco piezas en Cancho Roano. La representación en la estela de Cortijo de Reina II, de cinco piezas cuadradas dispuestas en vertical formando una línea paralela al tronco del guerrero, y con un tamaño decreciente desde arriba hacia abajo (Murillo Redondo *et alii*, 2005: 34) puede constituir la prueba que valide la hipótesis anteriormente propuesta, si bien el hallazgo junto a objetos habitualmente considerados rituales, en el sitio antes mencionado de Cancho Roano, no hace sino resaltar el carácter votivo de estas ofrendas (Celestino y Jiménez Ávila, 2003: 107) y, en consecuencia, su plasmación en las estelas alberge una doble motivación.



Figura 14. Estela de Garciaz. Fotografía Francisco Solís
Figure 14. Stela of Garciaz. Photo by Francisco Solís



Figura 15. Estela de Villamesías. Fotografía Fernando Moreno
Figure 15. Stela of Villamesias. Photo by Fernando Moreno

y Gil, 1988) y la que uniendo el norte y sur de la región occidental de la Península, acabaría intitulada como Vía de la Plata¹⁰.

8. Poblamiento del Bronce Final en el entorno de Ibahernando

Pese a todo lo dicho, no debemos descuidar las posibilidades que ofrece el estudio del poblamiento cercano, sobre todo cuando sus materiales sintonizan con los de otros contextos estudiados y vinculados a

¹⁰ Esta incorporación de nuevos hallazgos en relación con lugares de tránsito no acaba con los ejemplos cacereños. Recientemente se han presentado otras estelas cuyo contexto geoespacial reclama insistentemente revisar esta redundante conexión entre estelas y caminos. Blanco y García (2009: 81) sin renunciar a la posible funcionalidad funeraria, aceptan igualmente la relación de las estelas de la Pedrona y el Mesto, descubiertas por ellos en Almadén (Ciudad Real), con vías mercantiles, ganaderas, etc. De la misma manera, otros autores se pronuncian con respecto a las de Almadén de la Plata en Sevilla (García Sanjuán *et alii*, 2006), Castrelo do Val (Santos *et alii*, 2017), etc.

la aparición de estelas. Esta cuestión, eludida en los primeros estudios del fenómeno, se ha ido mitigando a medida que la investigación se ha ido abriendo paso y, aunque el número de hábitats a los que se pueden conectar de modo fehaciente aún es escaso, citamos para el caso el Cofre de Valencia de Alcántara (Pavón Soldevila, 1998), la Bienvenida (Zarzalejos *et alii*, 2011), el Cerro Perea de Écija (Tejera *et alii*, 2006), Montemolín (de la Bandera *et alii*, 1993), Setefilla (Díaz-Guardamino *et alii*, 2015), etc. Esa reiteración de contextos de los que hablamos, durante el Bronce Final, invita a contemplarlos dentro del mismo plano cronológico.

Estudios sobre las estelas del área del Guadalquivir y la relación que mantienen con yacimientos de destacada envergadura en su territorio inmediato (Martínez Sánchez, 2008: 17), la estela de Cabeza del Buey V y su entorno (Pavón *et alii*, 2018: 46-51) o el reciente sobre la estela diademada de Cañaveral de León (Rivera *et alii*, 2021: 12, fig. 10, tabla 1), son un buen ejemplo de una práctica que debería tener continuidad. Nuestro interés se centra en los materiales

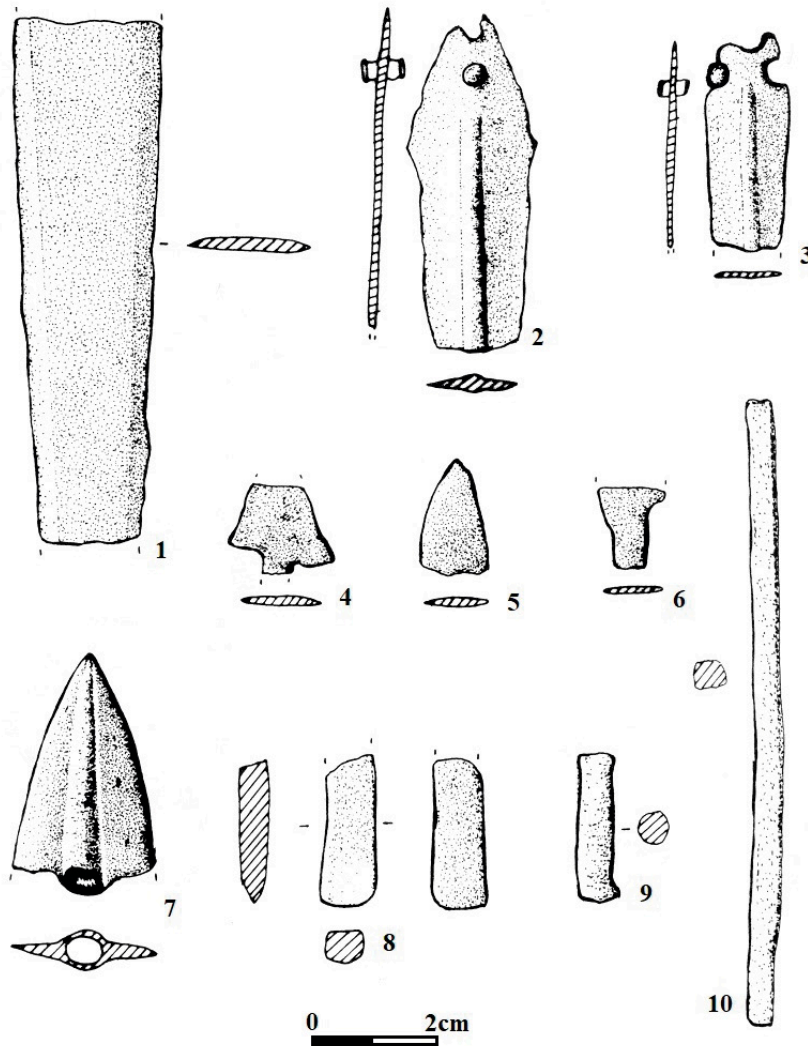


Figura 16. Armas e instrumentos metálicos de bronce procedentes del yacimiento de San Cristóbal (Valdemorales-Zarza de Montánchez)

Figure 16. Bronze weapons and metallic instruments from the San Cristobal site (Valdemorales-Zarza de Montánchez)

del cerro del Montón, Castillo de la Nava y Las Moriscas, caracterizados en parte por vasos de carena media-baja muy marcada con acabados bruñidos muy bien caracterizados en horizontes del Bronce Pleno avanzado, Tardío y Final I de la secuencia extremeña, con la más clara referencia en el cerro del Castillo de Alange (Pavón Soldevila, 1998: 82), y fragmentos con decoración incisa e impresa con motivos de espiga, bandas con semicírculos, motivos reticulados, análogos a la ornamentación de las cerámicas Protocogotas y Cogotas I, presentes en yacimientos del Bronce Pleno avanzado y Tardío del centro-sur de Badajoz (Enríquez Navascués y Drake, 2007).

Interesan esas referencias porque son contextos idénticos a los de los yacimientos que prestan su aderezo poblacional a la Sierra de Montánchez, en el tramo de los Alijares, con un primer ejemplo en el poblado del Castillejo de Robledillo de Trujillo, donde M. Rubio *et alii* (2009), han recuperado un lote de cuencos cerámicos carenados, bruñidos o escobillados, con carenas medias o bajas muy marcadas y, aunque no aparezca en su publicación, también se conocen cerámicas del horizonte protocogotas, un rasurador (Pavón Soldevila, 1998: 80), una punta de lanza y dos hachas de bronce. Un segundo asentamiento se emplaza en el Cerro de San Cristóbal de Zarza de Montánchez-Valdemorales (González

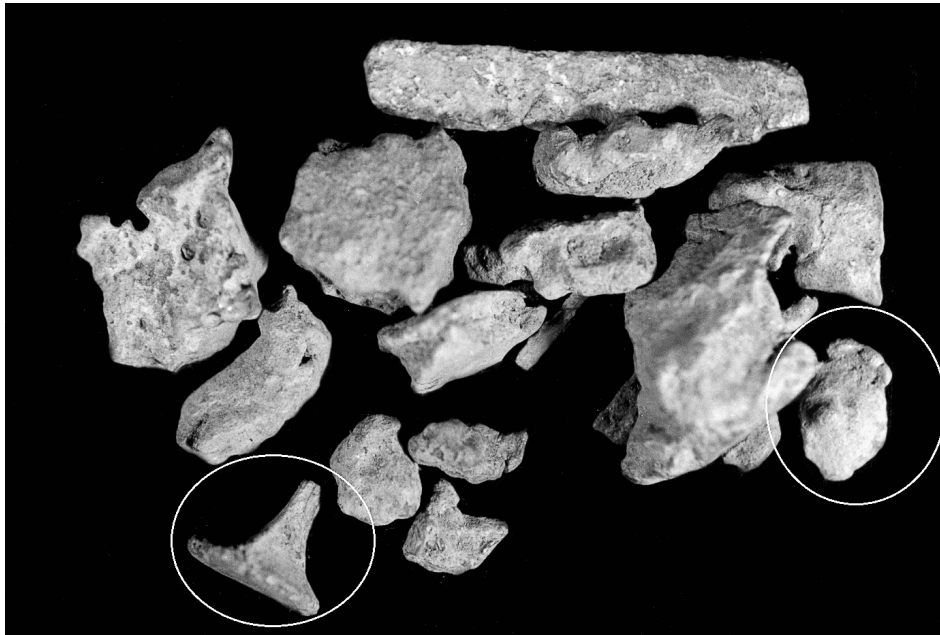


Figura 17. Restos de fundición del Cerro de los Cardos-La Calamocha. Señalados en un círculo un cono de molde bivalvo y un botón defectuosos

Figure 17. Smelting remains of Cerro de los Cardos-La Calamocha. A defective bivalve mold cone and button are circled

Cordero y Barroso, 1996-2003: 80) (figura 16). Aquí, además de un conjunto de grabados de época prehistórica e histórica, lo que más nos interesa son las cerámicas, características de la Cultura Cogotas I en su fase inicial de desarrollo, fechadas entre los siglos XV-XIV a. C., es decir, un Bronce Tardío, si bien ejemplares de cerámica bruñida, carena alta y amplia boca, insinúan momentos del Bronce Final, donde también encajan algunos de los fragmentos con decoración cepillada. Esa ocupación amplia del lugar, que abarcaría Calcolítico, Bronce Medio y Final, como apuntan las cerámicas, quedará confirmada por las piezas metálicas de tipología atlántica, compuesta por una colección de fragmentos de puñales y espadas, puntas de flecha, de lanza, cuchillos, adornos y una retorta de bronce de más de medio kilo de peso¹¹.

¹¹ La retorta a la que nos referimos, exhibida en una de las vitrinas del Museo de Cáceres, fue entregada por uno de nosotros (AGC) junto a otros materiales procedentes del Cerro de San Cristóbal (Valdemorales-Zarza de Montánchez). La atribución a Santo Domingo (Navas del Madroño), según se hace constar es, por tanto, errónea.

Si ampliamos el círculo, el registro arqueológico es aún más abundante y, dentro de él, tiene mucha importancia el cerro de los Cardos o de la Calamocha, un intermediario geográfico, en virtud de su equidistancia entre las poblaciones actuales de Zarza de Montánchez, Robledillo de Trujillo y Santa Ana, donde sabemos que se llevaron a cabo tareas de fundición (figura 17), y cuya fotografía aérea señala los restos de un recinto pétreo circular, compuesto por un anillo exterior y lo que parece una acrópolis en la cúspide, rodeada por otro muro en torno a una plataforma con una cerca en forma de polígono irregular. Arrasado por los detectores de metales, se ignora prácticamente todo acerca de la producción metalúrgica de objetos completos o reconstruibles, pues lo único que dejaron atrás fueron rebabas y escorias, indicios que sugieren la existencia de talleres artesanales donde se manufacturaban herramientas, adornos y tal vez armas de bronce. Lo más interesante de esos desechos, aparte de lingotes rectangulares y goterones, fue un cono en positivo del rebosadero de un molde bivalvo y un botón a medio fundir desechado por defectuoso. Muy cerca de allí, en el cerro Cabeza de Perro, hay otro asentamiento amurallado conocido como el Castillejo de Zarza



Figura 18. Lienzo de la muralla del Castillojo-Cabeza del Perro en Zarza de Montánchez

Figure 18. Segment of the wall of Castillojo-Cabeza del Perro in Zarza de Montanchez



Figura 19. Cista del Castillojo-Cabeza del Perro en Zarza de Montánchez

Figure 19. Burial of Castillojo-Cabeza del Perro in Zarza de Montanchez

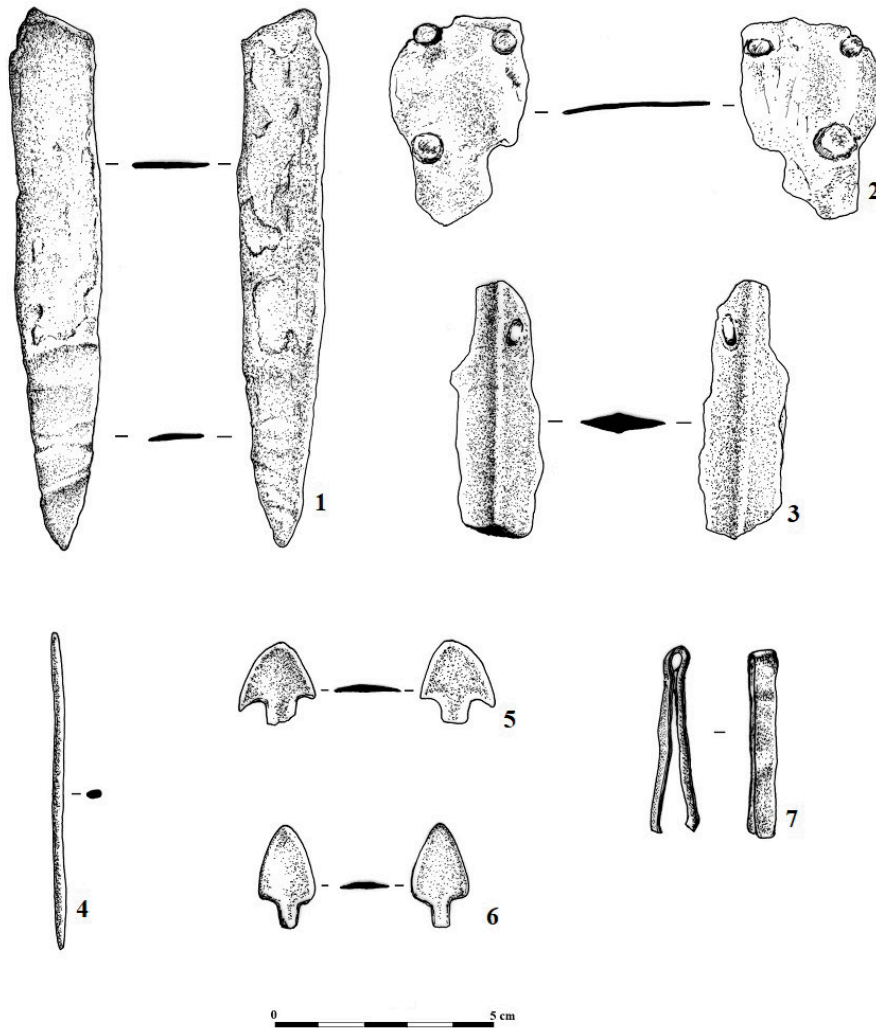


Figura 20. Materiales metálicos del yacimiento de Molino Villarejo (Cáceres)

Figure 20. Metallic materials from the Molino Villarejo site (Caceres)

de Montánchez, donde a mediados del siglo xx se descubrió una cista, cuyo contenido se encuentra en paradero desconocido (figuras 18-19). El material cerámico disperso por la superficie apunta una cronología continuada de finales de la Edad del Cobre a mediados de la Edad del Bronce. Está pendiente de una prospección más a conciencia, pues hay trazas de continuidad en esa ocupación en la parte amurallada.

También interesa por su carácter inédito el Cerro del Guijorro en Plasenzuela, donde antiguos trabajos mineros en el último tercio del siglo xix, alumbraron fragmentos de espadas, puntas de flecha y escorias de bronce, que otras prospecciones ilegales seguramente aquilataron. Caso parecido es el del Molino Villarejo situado a orillas del río Tamuja, donde junto a una abundante colección de cazuelas carenadas

de superficies bruñidas, cuencos, vasos globulares de bocas abiertas, ollas de aspecto cuidado y una cuenta de collar, se recogieron ocho objetos de cobre y bronce, dos puntas de flecha, unas pinzas, dos piezas con remaches, una que con seguridad es un fragmento de puñalito con nervio central, un punzón, una punta de espada o puñal (figura 20), y lo que parece el fragmento de un plato de balanza¹². No se detectaron construcciones, aunque la elección del asentamiento en un meandro del río a la vista de un cordel que enlazaba este territorio con el camino de

¹² Estos materiales, recogidos durante las prospecciones previas a la excavación del poblado calcolítico del Cerro de la Horca (Plasenzuela), se encuentran depositados en los almacenes del Museo Arqueológico Provincial de Cáceres.

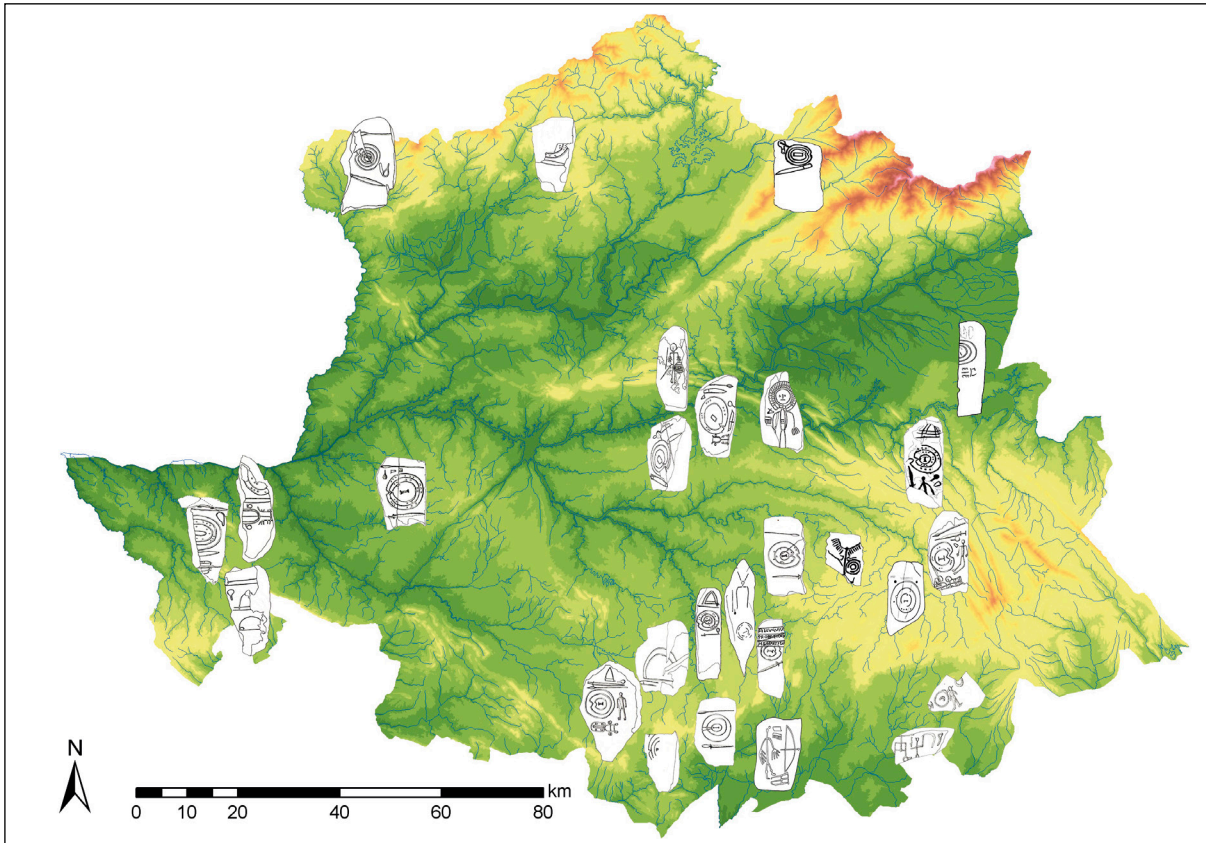


Figura 21. Mapa con la distribución de las estelas hasta el año 2021 en la provincia de Cáceres

Figure 21. Map with the distribution of the stelae until the year 2021 in the province of Cáceres

Medellín-Alconétar, a la altura de Torremocha, nos hace presuponer que tuvo cierto valor estratégico, aunque su ocupación durante el Bronce Final pudo revestir un carácter episódico. Más tarde, sería objeto de una nueva reocupación durante la conquista romana y la etapa altoimperial por mineros que buscaban el beneficio de la galena argentífera existente en este lugar, dejando a la vista cortaduras y filones vaciados, donde testimonios monetarios de la fundación de Mérida e incluso de la colonia *Nemausus* ofrecen el respaldo cronológico a este tipo de trabajos.

En suma, el poblamiento del sector central de Extremadura fue más extendido de lo que cabía esperar y en su articulación, poblados de la categoría del Castillejos de Robledillo de Trujillo o el de San Cristóbal en Zarza de Montánchez, estarían en condiciones de asumir un papel preponderante en la jerarquía del poblamiento en esta zona, pues desde su altura, bien defendidos y situados al pie de los puertos más importantes de la sierra, podían bloquear el

acceso al territorio sobre el que probablemente ejercerían un férreo control, comunicando a través de los símbolos de rango y capacidad bélica impresos en las estelas, la caracterización de quienes se arrogaban la posesión del mismo, sin que el mensaje escapara a toda la interpretación subyacente que, en definitiva, no son sino la manifestación de una ideología político-religiosa cruzada con unas tradiciones autóctonas.

La concentración de estelas en un espacio tan pequeño podría así mismo estar relacionado con un potencial de población mayor que los territorios vecinos en el mismo periodo, pero creemos que es el papel de intermediación en zonas de paso obligado hacia los vados tradicionales en el río Tajo y en sentido inverso hacia el Guadiana y el corredor cordobés, lo que acrecentó el interés por demarcar las rutas con un intenso despliegue de símbolos incidiendo en esta reafirmación constante de tan abundante simbología identitaria (figura 21). La importancia del papel de intermediarios en las relaciones comerciales

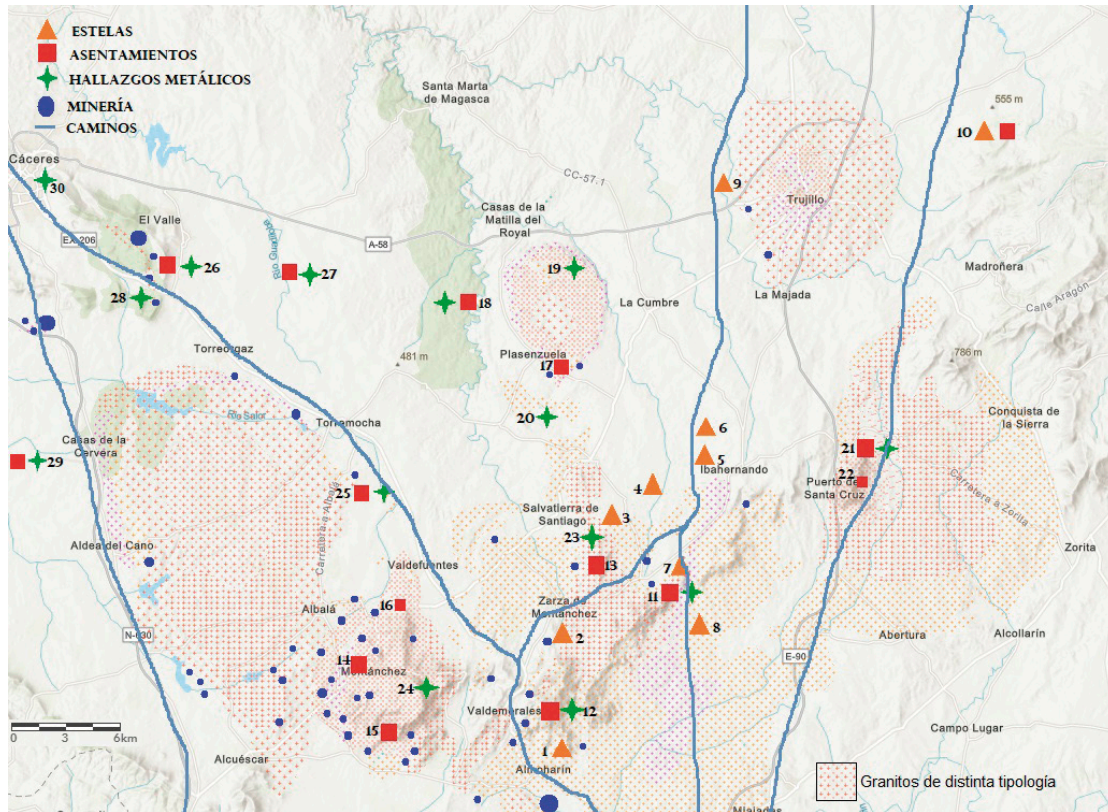


Figura 22. Mapa con la localización de asentamientos, hallazgos metálicos, estelas y caminos del Bronce Final. 1. Almocharín. 2. Zarza de Montánchez. 3. Salvatierra de Santiago. 4. Santa Ana. 5. Virgen de la Jara (Ibahernando I). 6. Dehesa del Bohonal (Ibahernando II). 7. La Cabeza (Robledillo de Trujillo). 8. Caballerías Grandes (Villamesías). 9. El Carneril (Trujillo). 10. El Moroquil (Madroñera). 11. Los Castillejos (Robledillo de Trujillo). 12. San Cristóbal (Zarza de Montánchez y Valdemorales). 13. Castillejos o Cabeza del Perro (Zarza de Montánchez). 14. La Era (Montánchez). 15. La Garganta (Montánchez). 16. Cueva del Almendro (Montánchez). 17. Cerro de la Horca (Plasenzuela). 18. Molino Villarejo (Cáceres). 19. Los Castillejos II (Pert. de Trujillo). 20. El Guijorro (Plasenzuela). 21. San Juan el Alto (Santa Cruz de la Sierra). 22. Risco Chico (Santa Cruz de la Sierra). 23. Cerro de los Cardos o La Calamocho (Santa Ana). 24. El Morrón (Montánchez). 25. Los Navazos (Torremocha). 26. El Risco (Sierra de Fuentes). 27. Torrejón de Abajo (Sierra de Fuentes). 28. Lagartera (Cáceres). 29. Casa Ayuela (Cáceres). 30. Maltravieso (Cáceres)

Figure 22. Map with the location of settlements, metal finds, stelae and roads from the Late Bronze Age

en este tipo de espacios ya fue recalcada con anterioridad (Galán, 1993: 78) y, aunque no dudamos de que la potencialidad económica de nuestro territorio dependiera tanto o más de la explotación ganadera extensiva, es seguramente la minería de estaño, como trataremos de explicar, su principal reclamo. La primera porque hasta la introducción del olivar y el viñedo, la dehesa, como bosque aclarado, permitió compaginar la explotación agrícola cerealista con el pastoreo y la caza. Al respecto, no se conoce tan bien los repertorios arqueofaunísticos del Bronce Final de la zona, si lo comparamos con los yacimientos calcolíticos de Torrequemada (Enríquez Navascués y García, 2011) o los del batolito de Plasenzuela (Castaños Ugarte, 1992; González Cordero, 2011), pero la lectura de los niveles del Bronce Final en

el cercano Medellín (Rodríguez Hidalgo, Jiménez Ávila y Guerra, 2012: 115), demuestra que no se han producido cambios significativos en la cabaña ganadera y cinegética, manteniéndose altos porcentajes de ovicápridos, en tanto el ganado bovino pasa a ocupar el segundo puesto entre las especies de cría por delante del ganado de cerda, aunque esta no es una tendencia generalizada en los registros de esta época.

9. La explotación del estaño

En cuanto a la minería, la región extremeña, junto con Galicia, pasan por ser las comunidades autónomas con mayor número de yacimientos e indicios de estaño de todo el país, tanto por el potencial

minero de este metal, como por la variedad tipológica de los yacimientos, destacando dentro de la primera, la comarca de la Sierra de Gata y un sector al sur del río Tajo, en concreto el de las localidades comprendidas dentro de las hojas 704-705/729-730 del MTN a escala 1:50.000, precisamente la porción de la provincia cacereña donde se produce la mayor concentración de estelas y productos procedentes del comercio mediterráneo (figura 22). El núcleo más importante, se sitúa, en torno a la cúpula del Trasquilón, stock de Montánchez, batolito de Albalá, stock de Plasenzuela y Trujillo, los granitoides de Zarza-Ruanes, el plutón de Alijares y fuera de este marco, en la periferia, el complejo de Santa Cruz-Zorita y el stock de Logrosán¹³.

Este territorio, pese a estar dominado por una extensa penillanura pizarrosa con una altitud media de 450 m, se halla salpicado por lomas y sierras graníticas, en particular las de Montánchez y Los Alijares, alguno de cuyos picos llegan casi a duplicar la altura sobre el territorio circundante. Un análisis pormenorizado de sus distintas facies graníticas ha demostrado la relación existente entre la petrogénesis de este tipo de rocas y las mineralizaciones relacionadas con estos, en concreto los yacimientos

¹³ Cáceres: Mina San José en Valdeflores, El Acebuche, Las Breñas, San Expedito o mina del Trasquilón, La Unión; Trujillo: Mina Belén y El Terruco, este último es un yacimiento aluvionar; Montánchez-Albalá: Blanquillo, El Tomillar, Peñablanca, La Quebrada, La Hoja, La Nava, Los Corrales, Los Abejones, El Revuelo, Valle del Rosal, El Salto, La Periza, el Bailaero, Charca Fría, Fontalba, Las Tarazonas, Robledal, La Dehesa, el depósito aluvial de Sn de El Granadito; Arroyomolinos de Montánchez: La Quebrada, La Dilatación, La Zapatilla; Casas de D. Antonio: Cerro de la Mina, Ayuela, La Hoja y la Mariposa; Almojarín: La Parrilla, Los Llanillos, El Sextil y en Sopetrán, La Mezquita y La Cruz de Casto, pequeñas concentraciones aluvionares de Sn; Logrosán: San Cristóbal, Fuente del Moro, Grupo Marrón, El Carrasco, El Serranillo; arroyo de las Artesitas un depósito aluvial-coluvial fue explotado para la recuperación de casiterita y de oro, este último en forma accesoria. Esta información acerca de los yacimientos estanníferos ha sido extraída de las investigaciones llevadas a cabo por diversos autores: Campos Egea, 1998; Chicharro *et alii*, 2011; Guijarro Galiano, 1981; Guijarro *et alii*, 1984; González Aguado, 1985; Gonzalo y García, 1981; Gumiel Martínez, 1981 y 1984; Gumiel y Campos, 1998 y 2002; Gutiérrez *et alii*, 1984; Hernández-Pacheco, 1908; IGME, 1987, 2006 y 2007; Ramírez Ramírez, 1952 y 1953; Sos Baynat, 1962, 1977, 1981, 2014; Tornos y Gumiel, 1992 y el *Libro Blanco de la minería en Extremadura*, 1993.

de estaño, en forma de casiterita primaria (Gonzalo Corral y García Plaza, 1985). Su sitio más frecuente de aparición son los techos de los plutones, en zonas cupuliformes, o en aureolas marginales, sobre todo en filones y grupos de venas en situación extrabatolítica, en el endocontacto o en las proximidades de los granitos, si bien destacan algunos filones intrabatolíticos en cuya paragénesis se encuentra la casiterita como mineral principal (Campos Egea, 1998: 31 y 62). Su importancia estructural y metalogénica se pone de manifiesto en el hecho de ser las explotaciones predominantes en los registros mineros de la provincia de Cáceres (IGME, 1987: 69), si bien, la potencial riqueza queda limitada por el pequeño contenido de sus reservas, de ahí que, en la actualidad, ninguna mina se encuentre activa.

De todas esas explotaciones, se ignora cuantas de ellas fueron aprovechadas en la Antigüedad, salvo el yacimiento de San Cristóbal de Logrosán, el cual ha sido objeto de varias investigaciones en este sentido (Sos Baynat, 1977; Meredith, 1998; Rodríguez Díaz *et alii*, 2001 y 2013: 105). Sin embargo, en la zona que hemos delimitado para nuestro análisis, hay asentamientos cuya proximidad a filones de cuarzo con minerales de estaño pudo guardar una relación con su explotación y control especialmente durante el Bronce Final y el periodo Orientalizante. Es de notar que la extracción de estaño en esta etapa coincidió con el momento en que los depósitos se encontraban en un estado prístino y, pese a los métodos rudimentarios empleados en su extracción, la obtención del metal resultaría más fácil, al concentrar la actividad en la parte más rica de los filones aflorantes, las masas mineralizadas o simplemente en el lavado de depósitos aluvionares, algunos de los cuales fueron explotados con intensidad. V. Sos (2014: 22-23) cita los de Trujillo, Montánchez, Logrosán y Alcuéscar¹⁴, pero se conocen otros con un gran potencial en la Sierra

¹⁴ Conviene señalar la existencia de situaciones análogas, que, si bien no se concretan en yacimientos significativos y que no se reflejan en el mapa metalogénico o en los listados de indicios complementarios, sí que son ilustrativas de una relación con intrusivos graníticos no aflorantes, detectados por métodos indirectos. Un ejemplo lo constituyen las anomalías geoquímicas de Sn deducidas de una prospección geoquímica de suelos en el área de Torremocha.

de Gata. A los primeros trabajos sucederían otros en tiempos históricos con técnicas que posibilitaron su posterior reaprovechamiento, borrando casi todo rastro de labores antiguas, de ahí que pese a haber acumulado una enorme cantidad de indicios, se disponga de muy poca información acerca del origen de la actividad, las cantidades extraídas, e incluso las leyes del metal explotado (González Aguado, 1985: 3).

La presencia, por otra parte, de poblados con vestigios de explotación minera, con utensilios destinados al manejo de metales o residuos de fundición del área en cuestión, debería de ser interpretado también como una actividad secundaria derivada de una transformación metalúrgica, donde el cobre de procedencia foránea, aleado con el estaño local, permitía obtener bronce de calidad con los cuales abastecer un comercio que, en nuestra condición de *hinterland*, alimentaría el flujo de ida y vuelta en un circuito donde las estelas pudieron asumir el papel hitacional al que antes hemos aludido. La hipótesis que vincula la existencia de estos monumentos al beneficio de las minas de cobre y/o estaño, sobre todo a partir del siglo XI a. C. en las cuencas de los ríos Tajo y Guadiana, ha sido destacada en numerosas ocasiones (Celestino, 1990 y 2001; Barceló, 1989b; Pavón, 1998; Bendala, 2000; Pavón *et alii*, 2017), e incluso en un trabajo reciente (Quintana Frías y Boixereu, 2006: 215), aplicado al sector nororiental de la provincia de Badajoz, se aportan notas bastante precisas sobre el entorno metalogenético de las estelas, en este caso ligadas exclusivamente al beneficio de especies cupríferas. El resultado, sería «la aparición de una ruta terrestre hacia el Medio Tajo para acceder al estaño y oro del centro-oeste y norte peninsular, sin depender de las rutas marítimas controladas desde el bajo Tajo» (Barceló, 1989a: 192). Evidentemente, esas rutas por mar serían mucho más peligrosas y con un trasiego limitado a un periodo muy corto del año. Un examen del mapa, con la distribución de estelas, explicaría la orientación noroeste-sureste en el reparto de las mismas, por ser precisamente esta la orientación de las mineralizaciones (Mederos, 2012: 447).

Pese a todo, aún resulta prematuro establecer una relación directa entre estelas y minería que no prescinda de su coincidencia espacial, aunque en el caso

que presentamos así merece considerarlo, pues tanto en el ámbito de los recursos mineros como de la manipulación de los metales, las pruebas aportadas ratifican la importancia alcanzada por el poblamiento de este periodo en el aspecto económico y redes comerciales. Excavaciones en lugares como el Cerro de los Cardos o en los poblados de altura de la zona, seguramente ayudarían a calibrar la verdadera importancia en este sector concreto de la sierra de Montánchez-Alijares.

10. Conclusiones

En Ibahernando estamos pues ante otro ejemplo más de estela grabada con introducción de la figura del guerrero diseñada de una forma inédita y peculiar, donde a la par que ahorra parte de la corporeidad, remediando una iconografía arcaica que resulta de aprovechar para la misma el propio sentido antropomorfo del soporte, acompaña su indumentaria con un original casco, cuyo insólito bosquejo añade una nueva variedad a una zona hasta ahora considerada muy tradicional en sus formas de representación.

Con su ubicación, en un punto de la geografía megalítica, aparte de resaltar el aspecto funerario conmemorativo, pudo pretender reforzar la imagen del personaje grabado como líder guerrero o antepasado, en un intento por identificarse con alguna divinidad o un ascendiente relevante en el plano mitológico. Un valor añadido, si como pensamos el soporte estuvo relacionado con un lugar de enterramiento, donde pudo ejercer la función de estatuamenhir, con una más que probable ubicación fuera del túmulo megalítico, constituyendo con su presencia un referente ideológico adicional dentro de esos procesos de agregación, en el que las figuras antropomórficas desempeñaron un papel fundamental durante generaciones (Bueno y González Cordero, 1995). La presencia en este caso de un soporte que después sería reutilizado, con la posible representación subyacente de una alabarda, demuestra una vez más, que hubo una coexistencia entre estelas con armas y sepulcros megalíticos de cronología avanzada, como recientemente ha sido puesto de manifiesto (Bueno *et alii*, 2011) y cuyo estilo y

forma de talla las relaciona sobre todo con las estelas centro-occidentales de Salamanca o Portugal, de grandes formatos alargados, cabezas sobresalientes e intencionado antropomorfismo e incluso con ejemplares tan alejados como la estela armada con alabarda de Soalar en Navarra (Bueno *et alii*, 2005: 6), demostrando que existe una amplia interacción de este tipo de representaciones siendo, a nuestro juicio, el reflejo un panorama multicultural, permeable y abierto, pues a través de ellas permiten vislumbrar remotos vínculos económicos e ideológicos con otras regiones de la península ibérica e incluso de Europa.

Con esta concurrencia de factores, el personaje representado vería elevada su condición a la de imagen tutelar de un *locus* o espacio con unas connotaciones especiales, ya desde el pasado, donde desde las referencias a la tradición, justificaban su posición prevalente a partir de imágenes comprendidas dentro de una mitología por amplios sectores de una población, arrogándose con su erección en un lugar determinado, la función demarcadora o delimitadora del territorio de distintas comunidades humanas (Galán, 1993), función que paradójicamente volvería a asumir en algunos casos, casi dos milenios después.

Como hipótesis adicional, proponemos que la estela de Ibahernando II debe de ponerse en relación fundamentalmente con un lugar significativo del territorio, coincidente en este caso con la existencia de un antiguo corredor, muy cerca de una confluencia de caminos, y erguida a modo de señalización, situación señalada en lo tocante a otros aspectos relacionados con la interpretación de determinadas representaciones atípicas de las estelas (Galán, 2001: 279). En su visibilización, otras veces cuestionada, podrían colaborar estas estructuras tumulares, donde a veces las encontramos (García Sanjuán *et alii*, 2006: 137). Las grandes rocas que Sanabria intuyó actuaron como soporte de la estela de Valdehonduras, o los amontonamientos de rocas —majanos— que en más de una ocasión ha coincidido con el descubrimiento de estos monumentos, como ya lo describiera Roso (1898: 180) con respecto a la estela de Solana, proporcionan un apoyo argumental a la documentación oral que nos han aportado con respecto a la ubicación original de la estela de Ibahernando II. Todas ellas sugieren que fueron

dispuestas sobre amontonamientos de rocas o en posiciones destacadas del relieve, con el fin de dotarlas de visibilidad sobre el espacio inmediato. Nuestra estela, de haberse mantenido en su sitio original, podría haber resultado uno de los casos paradigmáticos, pues podría presentarse como ejemplo del interés de quienes la erigieron por destacar su presencia, dentro de la distancia que suponía un tránsito cercano y donde determinados accidentes en el terreno son tenidos en cuenta.

En cualquier caso, su aparición pone de manifiesto la implicación de este territorio en el proceso de renovación estética, que tal vez no sea sino la expresión de continuidad en el valor del territorio participante en la idea de autorrepresentación ideológica de las poblaciones del suroeste de la Península, y en el mantenimiento activo de ciertas rutas que se ven enriquecidas con las nuevas aportaciones, especialmente cuando este sector, desde un punto de vista geográfico, debió de funcionar como uno de los enlaces más activos en los procesos de movilidad y conectividad entre las zonas noroccidentales de Cáceres, donde ha primado la explotación del estaño y la zona meridional de Badajoz, aún más rica y variada en minerales de cobre. Las poblaciones intermedias podrían entonces asumir el papel de reguladores de las redes de intercambio e incluso elaborando productos acabados destinados a sostener las redes de interacción. No es la primera vez que la distribución espacial uniforme de las estelas utilizó este recurso como incentivo, por ejemplo, en la cuenca media del Zújar y la serranía cordobesa, abriéndose primero al comercio precolonial y abriendo terreno un poco más tarde en este trasiego ante la pujanza comercial tartésica, entre el territorio comprendido entre las sierras limítrofes con la actual provincia de Badajoz y el sur del río Tajo.

Los metales fueron parte evidente de las demandas esenciales de las poblaciones asentadas en un territorio, pero no es preciso disponer de ellos para generar un grado de riqueza si las tierras eran aptas para la agricultura, poseían pastos excelentes para el ganado y ocasionalmente se pudo disponer de otros recursos como la captura de esclavos como ha sugerido Moreno Arrastio (1998: 79). A través del comercio se pudieron adquirir otros productos, en

unos momentos en que las comunidades indígenas en un afán por resaltar su estatus social, lo favorecían e invertían en objetos de reconocido prestigio compitiendo en ese circuito. Dominar estas rutas constituía un reflejo de su poder, utilizando todos estos símbolos de ostentación como una fórmula estandarizada e inequívoca de la construcción ideológica y de propaganda, tal vez impulsadas por el deseo de emulación, imponiéndola en su territorio en pos quizá de una agregación identitaria.

La fuerte concentración de estelas en tan corto espacio de terreno, parece poner en evidencia la existencia de un territorio con una definición geopolítica, basado por una parte en la explotación de los recursos naturales, con un destacado papel de los ganaderos, forestales, una minería cuyo impacto aún está por cuantificar y, sobre todo, en aprovechar la favorable posición geoestratégica dentro de los itinerarios de caminos históricos. Esta ruta tradicional, lejos de perder protagonismo, se fue adaptando a las nuevas exigencias del proceso colonizador, configurando su propia red de relaciones, al mismo ritmo que se produce un desplazamiento de los polos de actividad de este fenómeno, en adelante más activo en torno a la cuenca del Zújar-Guadalmez y Guadalquivir (Celestino y Salgado, 2011: 438), donde probablemente las gentes que produjeron las estelas ya estaban presentes desde sus inicios.

La evolución semántica, tanto en la forma de representar las estelas como en su contenido, sufrió una evolución hacia contenidos mucho más variados y complejos, tras la incorporación de nuevos elementos de origen mediterráneo ligados al comercio tartésico, donde las figuras antropomorfas en las estelas fueron ganando el protagonismo característico de unas élites emergentes, como consecuencia del acaparamiento de poder político, económico y tal vez religioso.

En conclusión, la estela de Ibahernando II es un ejemplo añadido a un nutrido grupo de unas 150 representaciones, cuyas mayores concentraciones, no pertenecen solo al cuadrante suroccidental de la Península, sino a gran parte del oeste de la misma, sin llegar a penetrar en el litoral atlántico. Su aparición en la zona Tajo-Montánchez aporta un ápice de originalidad, no solo por la ejecución de la figura antropomorfa desprovista de gran parte de su corporeidad,

o la incorporación de un nuevo tipo de casco hemisférico, con adornos de plumas, prácticamente inédito hasta el momento a excepción de la estela de Olivenza, sino también porque la zona donde se produce hasta este momento se había mantenido dentro de los límites bastante canónicos de las representaciones. No obstante, el elemento más valioso es su contexto, pues parece que la estela estaba hasta hace poco parcialmente hincada en un pequeño túmulo de piedras, desmantelado hace tres décadas. En sus proximidades se encontraba también una tumba megalítica del Calcolítico con un menhir decorado del que aún se conserva una parte, que puede explicar la continuidad en el uso ritual de este espacio monumentalizado.

Bibliografía

- Almagro Basch, M. (1966): *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, VIII. Madrid.
- Almagro Basch, M. (1972): “Los ídolos y la estela decorada de Hernán Pérez (Cáceres) y el ídolo estela de Tubo del Monte (León)”. *Trabajos de Prehistoria*, 29: 83-124.
- Almagro-Gorbea, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV. Madrid.
- Almagro-Gorbea, M. (2001): “Cyprus, Phoenicia and Iberia: from ‘Precolonization’ to Colonization in the ‘Far West’”. En L. Bonfante y V. Karageorghis (eds.): *Italy and Cyprus in Antiquity 1500-450 B.C.* (New York, 2000). The Costakis and Leto Severis Foundation. Nicosia: 239-270.
- Almagro-Gorbea, M. y Sánchez Abal, J. L. (1976): “La estela decorada de Zarza de Montánchez”. *Trabajos de Prehistoria*, 35: 417-424.
- Almagro-Gorbea, M. y Gomá, J. L. (2018): “El Tesoro áureo de Plasenzuela”. *Joyas de la Arqueología Española. Colección Cervera*. Barcelona: 96-125.

- Álvarez Rojas, A. y Gil Montes, J. (1988): "Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el primer milenio antes de Cristo en Extremadura". *Trabajos de Prehistoria*, 45: 305-316. <<https://doi.org/10.3989/tp.1988.v45.io.618>>.
- Barcelar Alves, L. y Reis, M. (2011): "Memoriais de pedra, símbolos de Identidade. Duas novas peças escultóricas de Cervos (Montalegre, Vila Real)". En R. Vilaça (ed.): *Estelas e estátuas-menires da Pré à Proto-história*. IV Jornadas Raianas (Sabugal, 2009). Sabugal: 187-215.
- Barceló Álvarez, J. A. (1989a): *Arqueología, Lógica y Estadística. Un análisis de las estelas decoradas de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*. Universidad Autónoma. Barcelona.
- Barceló Álvarez, J. A. (1989b): "Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica". En M^a. E. Aubet (ed.): *Tartessos. Arqueología Protob histórica del Bajo Guadalquivir*. Ausa. Sabadell: 189-208.
- Barroso Bermejo R. y González Cordero, A. (1996-2003): "El papel de las cazoletas y los cruciformes en la delimitación del espacio. Grabados y materiales del yacimiento de San Cristóbal (Valdemorales-Zarza de Montánchez, Cáceres)". *Norba*, 16 (1): 75-121.
- Beltrán, M. y Alcrudo, C. (1973): "Noticias de dos nuevas estelas decoradas del Museo de Cáceres". *Estudios del Seminario de Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*, 2: 81-94.
- Blanco Fraga, A. M. y García Bueno, C. (2009): "Noticia sobre dos nuevas estelas decoradas: las estelas de La Pedrona y del Mesto (Almadén, Ciudad Real)". *Gerión*, 27 (1): 67-89.
- Bendala Galán, M. (1977): "Notas sobre las estelas decoradas del suroeste y los orígenes de Tartessos". *Habis*, 8: 117-205.
- Bendala Galán, M. (2000): *Tartessos, Iberos y Celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*. Temas de Hoy. Madrid.
- Blázquez Martínez, J. M^a. (1986): "La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz), y el origen fenicio de los escudos y de los carros representados en las losas de finales de la Edad del Bronce en la Península Ibérica". *Archivo Español de Arqueología*, 59: 191-198.
- Brandherm, D. (2007): *Las espadas del Bronce Final de la Península Ibérica y Baleares*. Prähistorische Bronzefunde IV (16). Franz Steiner. Stuttgart.
- Brandherm, D. (2013): "Mediterranes, Atlantisches und Kontinentales in der bronze- und ältereisenzeitlichen Stelenkunst der Iberischen Halbinsel". En G. Kalaitzoglou y G. Lüdorf (eds.): *Petasos: Festschrift für Hans Lohmann*. Mittelmeerstudien, 2. Wilhelm Fink-Ferdinand Scheinigh Verlag. Paderborn: 131-148.
- Brandherm, D. y Krueger, M. (2017): "Primeras determinaciones radiocarbónicas de la necrópolis de Setefilla (Lora del Río) y el inicio del periodo orientalizante en Andalucía occidental". *Trabajos de Prehistoria*, 74 (2): 296-318. <<https://doi.org/10.3989/tp.2017.12196>>.
- Brandherm, D. y Mederos, A. (2014): "Un depósito de armas del Bronce Final de la cuenca media del Tajo: La Era, Lanzahita (Ávila)". *Homenaje a la profesora Catalina Galán Saulnier. Anejos a Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 1: 79-85. <<https://doi.org/10.15366/anejos.galan2014.006>>.
- Bueno Ramírez, P. (1990): "Statues-menhirs et stèles anthropomorphes de la Péninsule Ibérique". *L'Anthropologie*, 94 (1): 85-110.
- Bueno, P. y De Balbín, R. (2006): "Arte megalítico en la Península Ibérica: contextos materiales y simbólicos para el arte esquemático". En J. Martínez García y M. S. Hernández Pérez (eds.): *I Congreso de Arte Rupestre Esquemático en la Península Ibérica* (Vélez, 2004). Ayuntamiento de Vélez Blanco. Vélez Blanco: 57-84.
- Bueno, P. y De Balbín, R. (2006): "Between power and mythology: evidence for social inequality and hierarchisation in Iberian megalithic art". En P. Díaz-del-Río y L. García Sanjuán (eds.): *Social Inequality in Iberian Late Prehistory*. British Archaeological Reports International Series, 1525. Archaeopress. Oxford: 50-71.
- Bueno, P., De Balbín, R. y Barroso, R. (2005): "La estela armada de Soalar. Valle de Baztán (Navarra)". *Trabajos de Arqueología Navarra*, 18: 5-50.
- Bueno, P., De Balbín, R. y Barroso, R. (2008): "Dioses y antepasados que salen de las piedras". *PH Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 67: 47-61.

- Bueno, P., De Balbín, R. y Barroso, R. (2011): "Identidades y estelas en el calcolítico peninsular. Memorias funerarias en la cuenca del Tajo". En R. Vilaça (ed.): *Estelas e estátuas-menires da Pré à Proto-história*. IV Jornadas Raianas (Sabugal, 2009). Sabugal: 37-62.
- Bueno, P., De Balbín, R. y Barroso, R. (2012): "La frontera ideológica: grafías postglaciares ibéricas". En M. D. J. Sanches (ed.): *Artes Rupestres da Pré-história e da Proto-história: Paradigmas e Metodologias de Registo*. Trabalhos de Arqueologia, 54. Lisboa: 139-160.
- Bueno, P., De Balbín, R., Barroso, R., Cerrillo Cuenca, E., González Cordero, A. y Parada Gallardo, A. (2011): "Megaliths and stelae in the Inner Basin of Tagus River: Santiago de Alcántara, (Cáceres, Spain)". En P. Bueno, E. Cerrillo Cuenca y A. González Cordero (eds.): *From the Origins: The Prehistory of the Inner Tagus Region*. British Archaeological Reports International Series, 2219. Archaeopress. Oxford: 143-160.
- Bueno, P., Barroso, R. y De Balbín, R. (2008): "The necropolis of Era de la Laguna, Santiago de Alcántara, Cáceres, in the context of the megalithism of the central region of the international Tagus". En P. Bueno, R. Barroso y R. de Balbín (eds.): *Graphical Markers and Megalith Builders in The International Tagus, Iberian Peninsula*. British Archaeological Reports International series, 1765. Oxford: 41-59.
- Bueno, P., Barroso Bermejo, R., De Balbín, R. y Salvador, P. (2019): "Stone Witnesses: armed stelae between the International Tagus and the Douro, Iberian Peninsula". *SPAL*, 28 (2): 143-164. <<https://doi.org/10.12795/spal.2019.i28.17>>.
- Bueno, P. y González Cordero, A. (1995): "Nuevos datos para la contextualización arqueológica de estatuas-menhir y estelas antropomorfas en Extremadura". En V. Oliveira Jorge (ed.): *I Congresso de Arqueologia Peninsular* (Porto, 1993). Vol. 5. Porto: 95-106.
- Bueno, P. y Piñón, F. (1985): "La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz)". *Estudios de Arqueología Extremeña. Homenaje a D. Jesús Cánovas Pesini*. Diputación Provincial de Badajoz. Badajoz: 37-43.
- Campos Egea, R. (1998): *Estudio geológico y gravimétrico de los granitoides de la antiforma de Cáceres: aplicación a la exploración de yacimientos minerales*. Tesis doctoral. Universidad Complutense. Madrid.
- Castaños Ugarte, P. (1992): "Estudio Arqueozoológico de la fauna del Cerro de la Horca (Plasenzuela, Cáceres)". *Revista de Estudios Extremeños*, 47 (1): 9-96.
- Celestino Pérez, S. (1990): "Las Estelas decoradas del Suroeste peninsular, en La cultura tartésica y Extremadura". *Cuadernos Emeritenses*, 2: 45-62.
- Celestino Pérez, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Bellaterra Arqueología. Barcelona.
- Celestino, S. y Jiménez Ávila, J. (2003): *El palacio santuario de Cancho Roano IV. El sector Norte*. Badajoz.
- Celestino, S. y López Ruiz, C. (2006): "New Light on the warrior stelae from Tartessos (Spain)". *Antiquity*, 80 (307): 89-101. <<https://doi.org/10.1017/S0003598X00093285>>.
- Celestino, S. y Salgado, J. A. (2011): "Nuevas metodologías para la distribución espacial de las estelas del Oeste peninsular". En R. Vilaça (ed.): *Estelas e estátuas-menires da Pré à Proto-história*. IV Jornadas Raianas (Sabugal, 2009). Sabugal: 417-448.
- Cerrillo Cuenca, E. (2011): "Planteamientos y nuevos datos para la interpretación de los paisajes prehistóricos del sector extremeño del Tajo: el área de Alconétar". *Zephyrus*, 68 (2): 139-161.
- Cerrillo Martín de Cáceres, E. y Fernández Corrales, J. M. (1980): "Contribución al estudio del asentamiento romano en Extremadura. Análisis espacial aplicado al S. de Trujillo". *Norba, Revista de Historia*, 1: 157-175.
- Curado, F. P. (1986): "Mais uma estela do Bronze Final na Beira Alta (Fóios, Sabugal-Guarda)". *Arqueologia*, 14: 103-109.
- Chicharro, E., López-García, J. Á. y Villaseca, C. (2011): "Estudio metalogenético de las mineralizaciones de Sn-(Ta)-W del granito de Logrosán (Cáceres)". *Macla*, 15: 63-64.
- De Blas Cortina, M. A. (2010): "Una estela de guerrero del bronce Final precolonial de Orellana (Badajoz), hoy en el palacio de Meres (Siero, Asturias)". *Veleia*, 27: 23-42.

- De la Bandera, M.^a L., Chaves, F., Oria, M., Ferrer, E., García Vargas, E. y Mancebo, J. (1993): “Montemolín. Evolución del asentamiento durante el Bronce Final y el periodo Orientalizante (campanías de 1980 y 1981)”. *Anales de Arqueología Cordobesa*, 4: 15-48.
- Delibes, G. y Fernández-Miranda, M. (1988): *Armas y utensilios de bronce en la Prehistoria de las Islas Baleares*. Studia Archaeologica, 78. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- Díaz-Guardamino Uribe, M. (2006): “Materialidad y acción social: el caso de las estelas decoradas y estatuas-menhir durante la protohistoria peninsular”. *VIII Congresso Internacional de Estelas funerárias*. O Arqueólogo português. Suppl., 3. Lisboa: 15-33.
- Díaz-Guardamino Uribe, M. (2010): *Las estelas decoradas en la Prehistoria de la Península Ibérica*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- Díaz-Guardamino Uribe, M. (2011): “Iconografía, lugares y relaciones sociales: reflexiones en torno a las estelas y estatuas-menhir atribuidas a la Edad del Bronce en la Península Ibérica”. En R. Vilaça (ed.): *Estelas e estátuas-menires da Pré à Proto-história*. IV Jornadas Raianas (Sabugal, 2009). Sabugal: 63-88.
- Díaz-Guardamino Uribe, M. (2012): “Estelas decoradas del Bronce Final en la Península Ibérica: datos para su articulación cronológica”. En J. Jiménez Ávila (ed.): *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final* (Mérida, 2008). Anejos de Archivo Español de Arqueología, 42. Instituto de Arqueología de Mérida-CSIC. Badajoz: 389-416.
- Díaz-Guardamino, M., García Sanjuán, L., Wheatley, D. y Rodríguez Zamora, V. (2015): “RTI and the study of engraved rock art: A re-examination of the Iberian south-western stelae of Steffilla and Almadén de la Plata 2 (Seville, Spain)”. *Digital Applications in Archaeology and Cultural Heritage*, 2: 41-54. <<https://doi.org/10.1016/j.daach.2015.07.002>>.
- Domínguez de la Concha, C., González Bornay, J. M. y De Hoz Bravo, J. (2005): *Catálogo de estelas decoradas del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz (Siglos VIII-V a.C.)*. Consejería de Cultura, Junta de Extremadura. Badajoz.
- Enríquez Navascués, J. J. (2006): “Arqueología Rural y Estelas del SO (desde la Tierra, para la Tierra y por la Tierra)”. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 14: 151-175.
- Enríquez Navascués, J. J. y Drake García, B. (2007): *El campo de Hoyos de la Edad del Bronce del Carrascalejo (Badajoz)*. Memorias de Arqueología Extremeña, 7. Mérida.
- Enríquez Navascués, J. J. y García Cabezas, M. (2011): “Excavaciones arqueológicas en los yacimientos calcolíticos de Torrequemada y Torreorgaz (Cáceres)”. En P. Bueno, E. Cerrillo Cuenca y A. González Cordero (eds.): *From the Origins: The Prehistory of the Iner Tagus Region*. British Archaeological Reports International Series, 2219. Oxford: 219-232.
- Enríquez Navascués, J. J., Rodríguez Díaz, A. y Pavón Soldevila, I. (2001): *El Risco. Excavación de urgencia en Sierra de Fuentes (Cáceres)*. Memorias de Arqueología Extremeña, 4. Mérida.
- Fernández Miranda, M. (1986): “La estela de Las Herencias (Toledo)”. *Estudios en Homenaje al Doctor Antonio Beltrán Martínez*. Zaragoza: 463-473.
- Fernández Ochoa, C. y Zarzalejos Prieto, M. (1994): “La estela de Chillón (Ciudad Real). Algunas consideraciones acerca de la funcionalidad de las ‘estelas de guerrero’ del Bronce Final y su reutilización en época romana”. En C. de la Casa (ed.): *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias* (Soria, 1993). Diputación Provincial de Soria: 263-272.
- Galán Domingo, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del suroeste de la península ibérica*. Complutum Extra, 3. Madrid.
- Galán Domingo, E. (2011): “Nuevos hallazgos sobre viejas ideas. Una reflexión sobre las representaciones —atípicas— en las estelas del Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica”. En R. Vilaça (ed.): *Estelas e estátuas-menires da Pré à Proto-história*. IV Jornadas Raianas (Sabugal, 2009). Sabugal: 271-292.
- Galán Domingo, E. y Martín Bravo, A. (1991): “Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo”. *Zephyrus*, 44-45: 193-205.
- Garcês, S. (2018): *A figura do cervídeo na Arte Rupestre do Vale do Tejo: Símbolos de Transição*. Arkeos, 46. Instituto Terra e Memória. Mação.

- García Sanjuán, L. (2005): "Grandes piedras viejas, memoria y pasado. Reutilizaciones del Dolmen de Palacio III (Almadén de la Plata, Sevilla) durante la Edad del Hierro". En S. Celestino y J. Jiménez Ávila (eds.): *III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. El Periodo Orientalizante*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, 35. Mérida: 595-604.
- García Sanjuán, L., Wheatley D. W., Fábrega, P., Hernández, M. J. y Polvorinos, A. (2006): "Las estelas de guerrero de Almadén de la Plata (Sevilla). Morfología, Tecnología y Contexto". *Trabajos de Prehistoria*, 63 (2): 135-152. <<https://doi.org/10.3989/tp.2006.v63.i2.21>>.
- Gomes, M. Varela (1990): "O Oriente no Ocidente. Testemunhos iconográficos na Proto-História do Sul de Portugal: *smiting gods* ou deuses ameaçadores". *Presenças orientalizantes em Portugal: da pré-história ao período romano*. Estudos Orientais, 1: 53-106.
- Gomes, M. Varela y Monteiro, J. P. (1977): "As Estelas Decoradas da Herdade de Pomar (Ervidel, Beja). Estudo comparado". *Setúbal Arqueológica*, 2-3: 281-343.
- Gómez-Pantoja, J. L., Núñez Quesada, R. y Triguero, I. (2019): "Up & Down: Sendos epígrafes del Palacio de las Cigüeñas en Cáceres y de Aldea del Cano (*Conventus Emeritensis*)". *Ficheiro Epigráfico*, 191: 706-707.
- González Aguado, M^a. T. (1985): *Mineralizaciones de Sn-W-Nb-Ta, asociadas a las cúpulas graníticas de Extremadura*. Tesis doctoral. Universidad Politécnica de Madrid. <https://oa.upm.es/52651/1/Maria_Teresa_Gonzalez_Aguado_AD.pdf>.
- González Cordero, A. (2011): *La Edad del Cobre en la Alta Extremadura. Asentamientos y organización del territorio*. Tesis doctoral. Universidad de Extremadura. Cáceres.
- González Cordero, A. (2015): "La Edad del Bronce en el Campo Arañuelo". *XXI Coloquios Histórico Culturales del Campo Arañuelo*. Navalmoral de la Mata: 107-158.
- González Cordero, A. (2020): "Del Epipaleolítico a la Edad del Cobre en el Campo Arañuelo". *XXVI Coloquios Histórico Culturales del Campo Arañuelo*. Navalmoral de la Mata: 169-222.
- González Cordero, A. (2021): "La fauna de los yacimientos calcolíticos de la Alta Extremadura y su reflejo en la pintura rupestre". *XLIX Coloquios Históricos de Extremadura*. Trujillo: 147-184.
- González Cordero, A. (2022): "Pinturas y grabados rupestres postpaleolíticos en el Campo Arañuelo. El papel de las cazoletas como parte de un código común". *XXVII Coloquios Histórico Culturales del Campo Arañuelo*. Navalmoral de la Mata: 249-299.
- González Cordero, A. y Barroso Bermejo, R. (1996-2003): "El papel de las cazoletas y los cruciformes en la delimitación del espacio. Grabados y materiales del yacimiento de San Cristóbal (Valdemorales-Zarza de Montánchez, Cáceres)". *Norba, Revista de Historia*, 16: 75-121.
- González Cordero, A. y de Alvarado Gonzalo, M. (1983): "El ídolo de Salvatierra de Santiago (Cáceres)". *Norba, Revista de Historia*, 4: 223-225.
- Gonzalo Corral, F. J. y García Plaza, A. S. (1985): "Yacimientos de estaño del Oeste de España. Ensayo de caracterización y clasificación económicas". VI Reunión de Xeología e Minería do Noroeste Peninsular (Santos, 1984). *Cadernos do Laboratorio Xeolóxico de Laxe*, 9: 263-303.
- Guijarro Galiano, J. (1981): *Las Mineralizaciones de Wolframio-Estaño Ligadas a los Plutones Graníticos de Trujillo y Logrosán (Cáceres-España)*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.
- Guijarro, J., Hoyos, M. A.; Casas, J. y Martín, J. L. (1984): "Estudio de las inclusiones fluidas en el stockwork estannífero del Cerro de San Cristóbal (Logrosán, España)". *Boletín Geológico y Minero*, 94 (4): 24-35.
- Gumiel Martínez, P. (1981): "Essai sur la classification typologique des principaux gisements de Sn-W d'Estremadure (Espagne)". *Chronique de la Recherche Minière*, 463: 5-26
- Gumiel Martínez, P. (1984): "Tipología de los yacimientos de estaño y wolframio del Macizo Ibérico". I *Congreso Español de Geología* (Segovia, 1984). Vol. V. Colegio Oficial de Geólogos. Madrid: 183-216.
- Gumiel Martínez, P. y Campos Egea, R. (1998). *Mapa Geológico y de Recursos Minerales del Sector Central de Extremadura y Memoria explicativa*. Consejería de Economía Industria y Hacienda. Dirección General de Ordenación Industrial, Energía y Minas. Junta de Extremadura. Mérida.

- Gumiel Martínez, P. y Campos Egea, R. (2002): *La Banda de Cizalla de Montánchez y su influencia en las mineralizaciones filonianas de Sn-W (Mina de La Parrilla)*. Asociación Geológica de Extremadura.
- Gutiérrez Maroto, A., Monseur Lespagnard, J. y Guijarro Galiano, J. (1984): "Mineralizaciones estanníferas asociadas a la apófisis adamelítica de Logrosán (Cáceres-España)". I *Congreso Español de Geología*, 2: 479-490.
- Harrison, R. J. (2004): *Symbols and Warriors. Images of the European Bronze Age*. Western Academic & Specialist Press. Bristol.
- Henriques, F., Lobato, M. y Caninas, J. C. (2012): "A estela de guerreiro (lusitano) de Zebros". *Sabucule*, 4: 25-44.
- Hernández Pacheco, E. (1896): *Estudio Geológico de la Sierra de Montánchez*. Tesis doctoral. Universidad Central de Madrid.
- Hurtado, V. (1987): "Manifestaciones rituales y religiosas en la Edad del Bronce". I Coloquio Internacional sobre religiones prehistóricas de la Península Ibérica. *Zephyrus*, 43: 165-174.
- IGME (1987): *Inventario nacional de balsas y escombreras. Cáceres*. Ministerio de Industria y Energía. Secretaría de la energía y recursos minerales. Madrid.
- IGME (2006): *Mapa metalogenético de la provincia de Cáceres a escala 1:200.000*. Junta de Extremadura. <http://sigeo.juntaex.es/portalsigeo/web/guest/informe/-/journal_content/1001_INSTANCE_eX3B/10137/14848>.
- IGME (2007): *Mapa metalogenético de Extremadura a escala 1:250.000*. Junta de Extremadura. <http://sigeo.juntaex.es/portalsigeo/web/guest/informe/-/journal_content/1001_INSTANCE_eX3B/10137/14856>.
- Jiménez Ávila, J. (1998): "El lecho funerario orientalizante de El Torrejón de Abajo (Cáceres)". *Madrid Mitteilungen*, 39: 67-98.
- Jiménez Ávila, J. (2005): "De los bronce tartésicos a la toréutica orientalizante. La broncística del Hierro antiguo en el mediodía peninsular". En S. Celestino y J. Jiménez Ávila (eds.): *III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. El Periodo Orientalizante*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, 35. Mérida: 1089-1116.
- Jiménez Ávila, J. y González Cordero, A. (1996): "Broncística y poblamiento Post-orientalizante en la Alta Extremadura: a partir de unos materiales procedentes de El Risco (Sierra de Fuentes, Cáceres)". *Zephyrus*, 49: 169-189.
- La Minería en Extremadura (1993): *Libro blanco de la Minería en Extremadura*. Badajoz.
- Lo Schiavo, F. (1989): "La Sardegna sulle rotte dell'Occidente. I. La Protostoria". *Atti di Convegno di Studi sulla Magna Grecia*, 29. Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia. Taranto, 1989 (1991): 99-161.
- Martínez Sánchez, R. M. (2008): "La estela de El Carpio (Córdoba); avance a una nueva manifestación simbólica del Bronce Final en la vega media del Guadalquivir". *Anales de Arqueología Cordobesa*, 19: 11-22.
- Martínez Sánchez, R. M. (2018): "La estela del Suroeste de Pedro Abad II (Cortijo de Alcurrucén, Pedro Abad, Córdoba. España)". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 44: 101-113. <<http://doi.org/10.15366/cupa-uam2018.44.005>>.
- Mederos Martín, A. (1997): "Nueva cronología del Bronce Final en el Occidente de Europa". *Complutum* 8: 73-96.
- Mederos Martín, A. (2012): "El origen de las estelas decoradas del suroeste de la Península Ibérica en el Bronce Final II (1325-1150 a.C.)". En J. Jiménez Ávila (ed.): *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final* (Mérida, 2008). Anejos de Archivo Español de Arqueología, 42. Instituto de Arqueología de Mérida-CSIC. Badajoz: 417-454.
- Mederos Martín, A. (2019): "Los cascós con cresta del Bronce Final de la Península Ibérica y la segunda fase de las estelas del Suroeste con espejo y casco (1275-1200 AC)". *Complutum*, 30 (2): 273-311. <<https://doi.org/10.5209/cmpl.66335>>.
- Mendez, J. y Bizarro, J. (2015): "Arqueología do Concelho de Fundão. Contributos para a carta Arqueológica". *Eburobriga*, 8: 91-108.
- Meredith, C. (1998): "La mina del Cerro de San Cristóbal: a Bronze Age tin mining (Extremadura, Spain)". *Papers from the Institute of Archaeology*, 9, 57-69.

- Mödlinger, M. (2017): *Protecting the Body in War and Combat. Metal Body Armour in Bronze Age Europe*. Oriental and European Archaeology 6. Vienna.
- Morena López, J. A. y Muñoz Muñoz, J. F. (1991): “Nueva estela de guerrero del Bronce Final hallada en Córdoba”. *Crónica de Córdoba y sus pueblos II*. Córdoba: 116-123.
- Moreno Arrastio, F. J. (1998): “Sobre la obviedad, las estelas decoradas y sus agrupaciones”. *Gerión*, 16: 49-84.
- Moreno Domínguez, F., Pérez Solís, P. y Durán, A. (2017): “Colección de hallazgos arqueológicos inéditos de Trujillo y su comarca: Estela de guerrero del Suroeste en Villamesías”. *XLVI Coloquios Históricos de Extremadura*. Trujillo: 547-550.
- Moreno Domínguez, F., Pérez Solís, P., Durán, A. y Francisco González, G. (2018): “De recientes descubrimientos arqueológicos en la comarca de Trujillo”. *XLVII Coloquios Históricos de Extremadura*. Trujillo: 355-374.
- Murillo Redondo, J. F. (1994): “La estela de la Ribera Alta (Córdoba): consideraciones en torno a las estelas decoradas con escudo, lanza y espada”. *Anales de Arqueología Cordobesa*, 5: 11-32.
- Murillo Redondo, J. F., Morena López, J. A. y Ruiz Lara, D. (2005): “Nuevas estelas de guerrero procedentes de las provincias de Córdoba y Ciudad Real”. *Rómula*, 4: 7-46.
- Naharro i Riera, A. (1976): “Las estelas decoradas de Extremadura”. *VI Coloquios de Históricos de Extremadura*. Trujillo: 26-28.
- Ongil Valentín, M. I. (1983): “La estela decorada de Almoharín”. *Vettonia*, 1: 5-13.
- Pavón Soldevila I. (1998): *El Tránsito del II al I Milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: La Edad del Bronce, Cáceres*. Universidad de Extremadura. Salamanca-Cáceres.
- Pavón Soldevila I. y Duque Espino, D. (2010): “La nueva estela de guerrero de las Bodeguillas (Esparragosa de Lares, Badajoz) y el paisaje cultural del final de la Edad del Bronce en la Serena”. *SPAL*, 19: 111-128. <<http://dx.doi.org/10.12795/spal.2010.119.05>>.
- Pavón Soldevila I., Duque Espino, D., Sanabria Murillo, D. y Collado Giraldo, H. (2018): “La estela de ‘Cabeza del Buey V/El Palacio’ en el poblamiento de la Edad del Bronce de la Sierra de Tiros (Badajoz)”. *SPAL*, 27 (1): 31-60. <<http://dx.doi.org/10.12795/spal.2018i27.02>>.
- Pavón Soldevila I., Rodríguez Díaz, A. y Duque Espino, D. (2015): “Poblamiento orientalizante y organización sociopolítica en la penillanura caceña: la cuenca del Salor”. En A. Rodríguez Díaz, I. Pavón y D. Duque (eds.): *El Tiempo del tesoro de Aliseda. II. Aproximación a su contexto arqueológico*. Tagus, Asociación para el Desarrollo Integral Tajo-Salor-Almonte. Mérida: 181-202.
- Pavón Soldevila I., Duque Espino, D. y Rodríguez Díaz, A. (2017): “La cuenca extremeña del Tajo en la Edad del Bronce: una periferia atlántico-mediterránea”. En D. Delfino, L. Oosterbeek y S. Garcês (eds.): *Há 70 anos: O Castelo Velho do Caratão e a Proto-História de Mação: Sete décadas de investigação e socialização do conhecimento. Homenagem a João Calado Rodrigues*. Arkeos, 41. Mação: 93-106.
- Pingel, V. (1974): “Bemerkungen zu den ritzverzierten Stelen und zur beginnenden Eisenzeit in Südwesten der Iberischen Halbinsel”. *Hamburger Beiträge zur Archäologie*, 4: 1-19.
- Pingel, V. (1993): “Bemerkungen zu den ritzverzierten Stelen im Südwesten der Iberischen Halbinsel”. En J. Untermann y F. Villar (eds.): *Lengua y Cultura en la Hispania Prerromana. V Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Köln, 1989). Universidad de Salamanca. Salamanca: 209-231.
- Quintana Frías, I. y Boixereu Vila, E. (2006): “Los recursos mineros como factor de distribución de las estelas decoradas en el noreste de la provincia de Badajoz”. *III Simpósio sobre Mineração e Metalurgia Históricas no Sudoeste Europa* (Porto, 2005). Sociedad Española para la Defensa del Patrimonio Geológico y Minero. Porto: 207-221.
- Ramírez Ramírez, E. (1952): “Notas para el estudio de la metalogenia extremeña. Los yacimientos wolframio-estanníferos de la Extremadura Central”. *Notas y Comunicaciones IGME*, 28: 17-48.
- Ramírez Ramírez, E. (1953): “Proyecto de investigación y estudio de los yacimientos wolframio-estanníferos de España”. *Notas y Comunicaciones IGME*, 31: 124-161.
- Ramón Fernández-Oxea, J. (1950): “Lápidas sepulcrales de la Edad del Bronce en Extremadura”. *Archivo Español de Arqueología*, 23 (80): 292-318.

- Ramón Fernández-Oxea, J. (1955): "Nuevos epígrafes romanos en tierras de Cáceres". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 136: 252-287.
- Rivera, T., García Sanjuán, L., Díaz-Guardamino, M., Donaire, T., Morales, J. A., Lozano, J. A., Rogerio, M. A., Bermejo, J. y Aguilera, E. (2021): "The Cañaverl de León stela (Huelva, Spain). A monumental sculpture in a landscape of settlements and pathways". *Journal of Archaeological Science, Reports*, 40: 1-18. <<https://doi.org/10.1016/j.jas-rep.2021.103251>>.
- Rodríguez Corral, J. (2015): "Las estatuas-menhir noroccidentales en contexto: conectividad y conexiones materiales durante el Bronce Tardío-Final". *Complutum*, 26 (1): 153-172. <https://doi.org/10.5209/rev_CMPL.2015.v26.n1.49345>.
- Rodríguez Díaz, A., Pavón Soldevilla, I., Merideth, C. y Tresserras, J. (2001): *El Cerro de San Cristóbal, Logrosán, Extremadura, Spain: the archaeometalurgical excavation of a late Bronze Age tin-mining and metalworking site*. British Archaeological Reports International Series, 922. Oxford.
- Rodríguez Díaz, A., Pavón Soldevilla I., Duque Espino, D., Ponce, M., Hunt Ortiz, M. A. y Merideth, C. (2013): "La explotación tartésica de la casiterita entre los ríos Tajo y Guadiana: San Cristóbal de Logrosán (Cáceres)". *Trabajos de Prehistoria*, 70 (1): 95-113. <<https://doi.org/10.3989/tp.2013.12104>>.
- Rodríguez González, E. y González Bornay, J. M. (2018): "Una nueva estela de guerrero procedente de Cabañas del Castillo (Cáceres)". *Revista de Estudios Extremeños*, 74 (3): 1451-1474.
- Rodríguez Hidalgo, A. J., Jiménez Ávila, J. y Guerra Millán, S. (2012): "Ganadería y prácticas cinegéticas en el yacimiento de Medellín durante el Bronce Final: análisis zooarqueológico comparado del corte SMRO". En J. Jiménez Ávila (ed.): *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final* (Mérida, 2008). Anejos de Archivo Español de Arqueología, 42. Instituto de Arqueología de Mérida-CSIC. Badajoz: 11-124.
- Roso de Luna, M. (1898): "Lápida sepulcral de Solana de Cabañas, en el partido de Logrosán (Cáceres)". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 32 (3): 179-182.
- Royo Lasarte, J. y Royo Guillén, J. I. (2018): "Arte rupestre en Oliete (Teruel): Los paneles pintados del frontón de la Tía Chula y del abrigo del Barranco de San Pedro en el parque cultural del río Martín". *Cuadernos de Arte Prehistórico*, 6 (2): 113-138.
- Rubio Andrada, M., Rubio Muñoz, M. I. y Rubio Muñoz, F. J. (2009): "El poblado de la edad del Bronce del Castillejo I. Robledillo de Trujillo (Cáceres): las defensas". *XXXVIII Coloquios Históricos de Extremadura*. Trujillo: 717-746.
- Ruiz-Gálvez Priego, M^a. L. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Crítica. Barcelona.
- Ruiz-Gálvez, M.^a L. (2019): "De hombres y dioses: la estela de guerrero de Magacela y el *rp'um*". En E. Chávez, M.^a D. Camalich y D. Martín Socas (eds.): *Un periplo docente e investigador. Homenaje al profesor Antonio Tejera Gaspar*. Universidad de La Laguna. La Laguna: 463-480.
- Ruiz-Gálvez, M.^a L. y Galán Domingo, E. (1991): "Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales". *Trabajos de Prehistoria*, 48: 257-273. <<https://doi.org/10.3989/tp.1991.v48.i0.524>>.
- Sanabria Marcos, P. J. (2011): "La estela decorada del Puerto de Honduras (Cabezuela del Valle, Cáceres)". En R. Vilaça (ed.): *Estelas e estátuas-menires da Pré à Proto-história*. IV Jornadas Rarianas (Sabugal, 2009). Sabugal: 369-388.
- Santos, M. J. (2009): "Estelas diademadas: revisión de criterios de clasificación". *Herakleion*, 2: 7-40.
- Santos, A. T., Vilaça, R. y Marques, J. N. (2011): "As estelas do Baraçal, Sabugal (Beira Interior, Portugal)". En R. Vilaça (ed.): *Estelas e estátuas-menires da Pré à Proto-história*. IV Jornadas Rarianas (Sabugal, 2009). Sabugal: 319-342.
- Santos Estévez, M., Mañana, P., Amado, N. y Pires, H. (2017): "La estela de guerrero y la estela antropomorfa de Pedra Alta (Castrelo de Val, Ourense)". *Complutum*, 28 (1): 71-86. <<http://dx.doi.org/10.5209/CMPL.58422>>.
- Sayans Castaños, M. (1959): "Nuevas aportaciones al estudio de las losas sepulcrales extremeñas". En A. Beltrán (ed.): *V Congreso Nacional de Arqueología* (Zaragoza, 1957). Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales. Zaragoza: 107-116.

- Soares, A. M. M. (1996): "Povoado da Misericórdia (marge esquerda do Guadiana, Serpa). Ocupações humanas e vestígios metalúrgicos". *Vipasca*, 5: 103-116.
- Sos Baynat, V. (1962): "Mineralogía de Extremadura". *Boletín del Instituto Geológico y Minero de España*, 73: 1-190.
- Sos Baynat, V. (1967): "Geología, Mineralogía y Mineralogía de la Sierra de San Cristóbal, Logrosán (Cáceres)". *Memorias de la Real Academia de Ciencias. Serie Ciencias Naturales*. 22 (1): 141-164.
- Sos Baynat, V. (1977): "Los hallazgos prehistóricos de Logrosán (Cáceres)". *Revista de Estudios Extremeños*, 33 (2): 261-286.
- Sos Baynat, V. (1981): "Los yacimientos de casiteritas y wolframitas de la Sierra de Montánchez, Cáceres". *Boletín de la Sociedad Española de Mineralogía*, 3: 5-14.
- Sos Baynat, V. (2014): *Mineralogía de Extremadura. Estudios sobre especies, yacimientos y génesis*. Instituto Geológico y Minero. Madrid.
- Tejera Gaspar, A., Fernández Rodríguez, J. y Rodríguez Pestana, M. (2006): "Las estelas tartésicas: losas sepulcrales, marcadores étnicos o representación de divinidades guerreras". *SPAL*, 15: 149-165. <<http://dx.doi.org/10.12795/spal.2006.i15.07>>.
- Tejera Gaspar, A. y Fernández Rodríguez, J. (2012): *Los dioses de los tartesios*. Bellaterra Arqueología. Barcelona.
- Tejera, A., Jorge, S. y Quintana, R. (1995): "La estela IV de la Atalaya de Moranilla (Écija, Sevilla)". *SPAL*, 4: 251-255. <<http://dx.doi.org/10.12795/spal.1995.i4.10>>.
- Tornos F. y Gumiel, P. (1992): "El wolframio y el estaño, aspectos económicos y metalogenéticos". En J. García Guinea y J. Martínez Frías (eds): *Recursos minerales de España*. Textos Universitarios, 15. CSIC. Madrid: 379-394.
- Villaseca Díaz, F. (1993): "La estela decorada y la espada de lengua de carpa del bronce final de Almargen-Málaga". *Baética*, 15: 217-226.
- Zarzalejos Prieto, M., Esteban Borrajo, E y Hevia Gómez, P. (2011): "Las estelas grabadas de La Bienvenida-Sisapo (Ciudad Real, España): nuevas aportaciones para la caracterización del contexto cultural del Bronce Final en el reborde suroccidental de la Meseta". En R. Vilaça (ed.): *Estelas e estátuas-menires da Pré à Proto-história*. IV Jornadas Raianas (Sabugal, 2009). Sabugal: 319-416.